

BOLSILIBROS
BRUGUERA

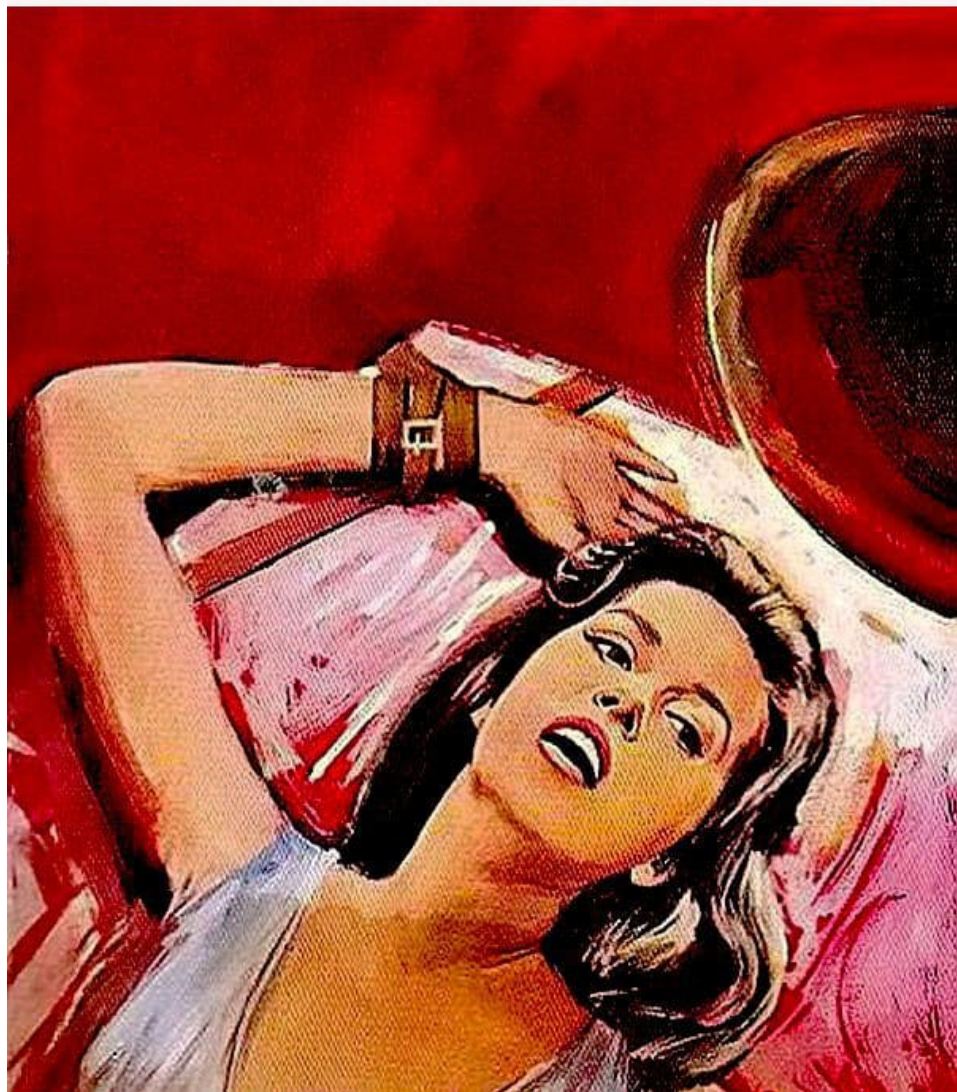
POLICIACA

SERIE

SERVICIO SECRETO

Susan debe morir

KEITH LUGER



—¿Puedo pasar, Jocelyn?

—Sí, querida.

Susan Barclay entró en el dormitorio de su madrastra.

Jocelyn peinaba su cabello rojizo frente al espejo.

Era una mujer bella, de treinta y dos años, cara de mejillas ligeramente hundidas y boca de labios carnosos. Sus ojos verde mar vieron en el espejo reflejada la imagen de Susan.

Publicada por Editorial Bruguera en la colección Punto Rojo con el número 91 en el año 1961.



Keith Luger

Susan debe morir

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1289

ePub r1.1

Lds 10.07.18

Título original: *Susan debe morir*

Keith Luger, 1961

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

—¿Puedo pasar, Jocelyn?

—Sí, querida.

Susan Barclay entró en el dormitorio de su madrastra.

Jocelyn peinaba su cabello rojizo frente al espejo.

Era una mujer bella, de treinta y dos años, cara de mejillas ligeramente hundidas y boca de labios carnosos. Sus ojos verde mar vieron en el espejo reflejada la imagen de Susan.

—Estás un poco pálida, Susan. No sé si debo marcharme.

Susan sonrió. Puso sus manos sobre los hombros de Jocelyn y la besó en la cara.

—Sacaría los ojos a esos escritores que dejan en tan mal lugar a las madrastras.

Jocelyn se había casado con el padre de Susan, John Barclay, tres años antes. El matrimonio sólo duró nueve meses. John Barclay murió de un ataque al corazón. Por aquél entonces, Susan se encontraba en un colegio de Suiza. Ella y Jocelyn sólo se habían visto una vez, durante el viaje de bodas, cuando Jocelyn y John se llegaron al colegio tras pasar un mes en Italia.

La segunda vez que las dos mujeres se vieron fue después de la muerte de John Barclay. Susan había terminado ya sus estudios y regresó a Philadelphia. Temía aquel encuentro. Iba a vivir junto a su madrastra, una mujer a quien no conocía.

Pero muy pronto sus temores se fueron disipando. Jocelyn era una mujer simpática, agradable. Susan le fue tomando cariño.

—¿Sabes algo de Richard?

—Llegará esta noche.

—Estupendo, así me marcharé más tranquila.

Richard era el prometido de Susan. Lo había conocido

casualmente cuando, al sufrir un despiste, su coche chocó contra un árbol y fue conducida a un hospital cercano. El doctor Richard Ritter la había asistido. Desde el primer momento, Susan se sintió atraída por aquel hombre. Pensó que no lo volvería a ver cuándo abandonó el hospital. Pero una semana más tarde, el doctor Ritter la llamó por teléfono para invitarla a cenar. Ése había sido el comienzo y ahora habían pasado diez meses y se iban a casar.

Habían tenido que aplazar la fecha de la boda porque Susan se había encontrado enferma. Se inició con un agotamiento, el color huyó de sus mejillas. Richard diagnosticó una anemia. Susan siguió el tratamiento que su propio prometido le impuso. Poco a poco se sentía mejor.

—De todas formas —dijo Jocelyn—, estaré muy pocos días en Chicago.

—¿Cuántos habías previsto?

—Cuatro, pero sólo estaré dos.

—No lo consentiré.

—No puedo dejarte sola tanto tiempo.

—No voy a estar sola, Jocelyn. Richard estará conmigo.

—Richard se debe al hospital y apenas te podrá dedicar una hora diaria.

—Muy bien —sonrió Susan—. Con una hora tengo bastante. El resto del tiempo lo pasaré escribiéndote largas cartas. Tienes derecho a divertirte, Jocelyn, y es la primera vez que te separas de mí, desde que caí enferma. Debes aprovechar bien la ocasión.

—Ya te he dicho que sólo voy a Chicago por ver esa exposición de arte oriental y he llegado a la conclusión que con dos días tendré bastante.

—Suponiendo que así sea, necesitarás otros dos para ver tiendas, almacenes y para cenar con algún guapo hombre que, de pronto, se dé cuenta que no ha visto a una mujer más hermosa en los días de su vida.

—Susan, no existe para mí el guapo hombre.

—¿Cuándo vas a olvidar eso de una vez? Eres una mujer joven y tienes derecho a vivir tu vida.

—Soy la viuda de tu padre.

La joven cruzó los brazos.

—Sí, ya lo sé, pero papá no te exigió que te arrojases a la pira

funeraria. Disculpa la irreverencia, pero no puedo consentir que sacrifiques tu vida a un recuerdo, aunque sea el de mi padre.

—Eres muy buena, Susan, pero hasta ahora no pensé en casarme otra vez.

—Te comprendo, Jocelyn —dijo Susan y la besó—. Pero ya ha pasado mucho tiempo. Todos tenemos derecho a vivir. Tú también, Jocelyn.

—Lo tendré en cuenta —rió Jocelyn—. Y tendré que estar con el ojo bien abierto por si se presenta en mi camino ese guapo hombre.

Jocelyn terminó de peinarse y luego Susan la ayudó a cerrar las dos maletas.

Jocelyn habló por teléfono con Pierre, el chófer, diciéndole que podía subir por el equipaje.

Pierre la llevaría en el coche al aeropuerto.

Las dos mujeres bajaron por la escalera.

—Hasta la vuelta, querida —dijo Jocelyn.

Se abrazaron y en aquel momento sonó el teléfono en la biblioteca.

—Debe ser Richard. Ya ha llegado.

Susan dejó la puerta abierta y se precipitó sobre la mesa.

—¿Sí? —dijo—. Hola, Richard, por fin estás aquí...

—No, Susan. Te estoy llamando desde Nueva York.

—¡Oh...!

—Lo siento, nena, pero no podré ir esta noche. Me demoraré todavía unos días.

—¿Cuántos?

—No lo sé aún. Surgieron imprevistos que me retendrán en Nueva York, pero seguro que para el fin de semana estoy contigo.

—Sí, Richard.

—¿Decepcionada?

—Un poco, pero ya pasará —sonrió la joven.

—¿Cómo estás de energías?

—Mucho mejor, pero lo estaré más cuando estés a mi lado.

—No puedo seguir hablando, Susan. Me espera un enfermo en el quirófano, pero te llamaré mañana a esta misma hora. ¿De acuerdo, Susan?

—Sí, Richard.

—Te quiero, nena —dijo Richard desde el otro lado del hilo, y

luego colgó.

La joven dejó el auricular lentamente en la horquilla.

—¿Malas noticias? —inquirió Jocelyn a su espalda.

Al volverse vio a Jocelyn que se acercaba.

—Richard no puede venir.

Jocelyn dio un suspiro.

—Muy bien, entonces aplazaré mi viaje.

—Oh, no, de ninguna forma.

—Prefiero quedarme contigo, Susan.

—¿Qué tontería estás diciendo? Me estás hablando como si fuese una moribunda. No puedes deshacer tus planes por el simple hecho de que Richard no haya regresado cuando tenía previsto. Has de ver esa exposición de arte oriental.

—Puede esperar.

—Sé que se clausura dentro de tres días, tú lo dijiste.

—Muy bien, pero no se acabará el mundo si no la veo, y hay muchas exposiciones de arte oriental.

—Pero la de Chicago es la más importante que se ha celebrado desde hace diez años. Yo también leo los periódicos —se acercó a su madrastra—. Anda, márchate, Pierre está esperando.

Jocelyn titubeó.

—No sé si debo hacerlo.

Susan le dio un beso en cada mejilla.

—Buena suerte, y cuidado con enamorarse a más de un hombre por vez.

—Está bien, como quieras, pero yo también te llamaré por teléfono.

—Entre tú y Richard me vais a hacer pensar que soy una actriz de Hollywood. Tendré que contratar a alguien para recibir las llamadas.

Se despidieron definitivamente y poco después Susan oía el motor del coche que se alejaba.

La casa quedó sumida en silencio.

Susan dio unos pasos por la estancia y se dejó caer en un sillón. La casa estaba muy sola sin Richard y sin Jocelyn. Y pasarían cuatro días antes de que el primero de los dos regresase.

Cuatro días a solas.

¿Y si llamaba a su amiga Marion? Podía invitarla. Seguro que

Marion aceptaría. Marion era una parlanchina. No cesaba de hablar y de hablar. Pero en aquella ocasión era justamente lo que ella necesitaba. Alguien que se pusiese a hablar y que no se detuviera.

Marcó el número de Marion.

Reconoció la voz de Elsa, la hermana de Marion, y se dio a conocer. Elsa le preguntó por su estado de salud y ella dijo que se encontraba perfectamente. —Quisiera hablar con Marion— agregó después.

—Oh, querida. Marion se marchó a Los Angeles. Un director amigo suyo la contrató para hacer un papelito en un filme de media hora para la TV. Marión está muy ilusionada. Cree que será el comienzo de su fulgurante carrera cinematográfica. Y ¿quién le iba a quitar la ilusión a la pobre?

Susan rió después de haber colgado. Sí, Marion hubiera sido un buen remedio contra el tedio.

¿A quién llamaba ahora? ¿A Sandra? ¡Oh, no! La sacaba de quicio. Era una chica muy sofisticada. Su conversación le aburría más.

Dio una vuelta por la habitación, las manos a la espalda, pensativa. Se detuvo ante el cuadro de la cabaña que su padre había adquirido un año antes de su muerte en Pine Lake. ¿Por qué no? —se dijo al cabo de un rato de contemplación—. ¿Por qué no iba a Pine Lake a pasar aquellos cuatro días?

En los dos arroyos que vertían sus aguas en el lago había abundante pesca. Ella no pescaba desde hacía más de un año. Sería maravilloso. Iría sola. No hacía falta que preparase nada. Compraría las provisiones en el pueblo que había a ocho millas del lago. Sólo tendría que llevarse un par de pantalones, unas blusas, ropa interior y estaría lista.

Tuvo la impresión de que su cuerpo cobraba más energía. ¿Por qué no lo había pensado antes?

Salió de la biblioteca y habló con Nelly, la doncella. Le dijo adónde iba.

—¿La llevará Pierre? —preguntó Nelly.

—No. Iré sola. Me llevaré el «Jaguar».

Se preparó rápidamente, y todavía no había transcurrido una hora desde que Jocelyn salió de la casa, y ya ella conducía su coche deportivo hacia Pine Lake.

Corrió por la autopista por encima de las setenta millas. Tenía prisa por llegar.

Luego, en la bifurcación de Lincolville, tuvo que ir más despacio porque el camino era peligroso.

La cabaña comprada por su padre se alzaba solitaria en un radio de cinco millas a la redonda.

Al llegar a lo alto de la colina vio las aguas del lago, que, en la noche, reflejaban los rayos de la luna como si fuesen de plata.

Paró el motor del coche para contemplar el paisaje.

A la derecha estaba la cabaña.

De pronto sus ojos vieron la proa de un automóvil que estaba en la cochera.

¡Oh, no, no era posible! En la cabaña no podía haber nadie. A no ser que alguien hubiese buscado refugio. Sí, eso debía ser, algún excursionista que había decidido guardar allí el coche.

Dejó deslizar el «Jaguar» por la ladera, pero frenó bruscamente al ver que una ventana de la cabaña se había iluminado de pronto.

Permaneció inmóvil, las manos aferradas al volante.

Miró otra vez el coche y el corazón le dio un vuelco. Era un «Ford» modelo de aquel año, y Richard tenía un auto exactamente igual que aquél. No podía distinguir su color, el de Richard era azul y blanco...

¡Oh, no, no podía ser! Richard la había llamado desde Nueva York. Sólo se trataba de una casualidad. Aquel coche pertenecía a un desconocido, alguien que se había introducido en la cabaña, pero ¿cómo si no tenía llave?

¿Un ladrón? No, un ladrón no guarda el auto en la cochera y se introduce tranquilamente en la casa, donde va a robar.

Se extrañó al no sentir ningún impulso de retroceder y comprendió por qué. Deseaba investigar aquel extraño suceso.

Quitó el pie del pedal del freno y el coche descendió suavemente por el camino cubierto por las agujas de pino.

Luego torció bruscamente el volante e introdujo el vehículo por entre los árboles.

Saltó del auto y camino hacia la cochera.

Se detuvo en la puerta.

Sí, aquel coche era un «Ford» azul y blanco igual que el de Richard. Y el número de matrícula era el del de su prometido.

Se dio cuenta de que un sudor frío le corría por todo el cuerpo.

Se miró la mano y vio en ella el llavero de la cabaña. Dos llaves. No supo cuándo las había cogido de la guantera del coche, pero las tenía allí y eso quería decir que las había tomado instintivamente. Una de ellas abría la puerta delantera y otra la de atrás. ¿Cuál de ellas utilizaría?

Lo decidió enseguida. Utilizaría la que abría la puerta trasera.

Dio la vuelta a la casa, se deslizó por entre los maderos de la empalizada y subió una pequeña escalera.

Se detuvo ante la puerta porque una idea había cruzado por su mente. Richard estaba allí. Aquél era su automóvil, pero todo estaba claro. Richard le había querido dar la sorpresa. En la cabaña había un teléfono. Habría llamado a su casa para decirle que la esperaba allí, a orillas del lago. Se apretó las sienes con la mano. ¿Cómo había sido tan torpe?

Fue a volverse para ir hacia la parte principal de la cabaña, pero nuevamente se detuvo.

¿Cómo iba a consentir Richard que ella, estando enferma, hiciese un viaje tan largo durante la noche para reunirse con él? No, era completamente absurdo. Richard no había podido pensar aquel plan.

Pero ¿por qué entonces él estaba allí?

Recordó sus últimas palabras: «No puedo seguir hablando, Susan. Me espera un enfermo en el quirófano».

Eso era lo que había dicho Richard.

Volvió hacia la puerta e introdujo la llave en la cerradura silenciosamente. Luego hizo girar la llave.

Sonó un chasquido que a ella le pareció un disparo.

Se detuvo sintiendo el golpeteo de su corazón en el pecho.

Otra vez se dijo que estaba cometiendo un error.

¿Por qué no daba media vuelta y se iba?

Pero Richard estaba allí. Quería saber, preguntarle a qué se debía su presencia en la cabaña.

Abrió la puerta con suavidad y penetró en la colina, a oscuras.

Cerró tras de sí.

Frente a ella estaba la otra puerta y por debajo podía ver una raya de luz.

Oyó una voz. La de Richard. No se encontraba solo en la cabaña.

Alguien le respondió. Una voz femenina.

¡Una mujer!

Se fue acercando a la puerta, poco a poco, mientras las ideas giraban en su cabeza atropelladamente.

Se detuvo ante la puerta. Sentía que las piernas le flaqueaban y se apoyó en la pared.

Entonces pudo oír con claridad la voz de Richard.

—Estoy loco por ti, nena...

—Entonces, acabemos de una vez lo que empezamos...

Susan estuvo a punto de lanzar un grito porque había conocido la voz de la mujer que estaba con Richard. Era Jocelyn.

Al instante se dijo que estaba equivocada. ¡No, no podía ser! Todo había sido una imaginación suya.

Jocelyn y Richard. ¿Qué monstruosidad estaba imaginando...?

—Sí, querida. Lo acabaremos. Susan morirá.

—Hemos de matarla cuanto antes. Ya no podemos esperar más tiempo, Richard. Susan se mordió el puño con fuerza para impedir que su boca gritase.

CAPÍTULO II

No era un sueño. Ella se encontraba en la cocina de la cabaña que había comprado su padre en Pine Lake. Todo era real. Las voces de Richard y de Jocelyn. Lo que habían dicho.

No podía despertar porque no se trataba de una pesadilla.

Algo como un nudo le apretaba la garganta y le impedía respirar; sus ojos estaban llenos de lágrimas.

Volvió de nuevo a la realidad al oír el chasquido de un beso.

—Querida, eres maravillosa.

—Me gusta oírtelo decir, Richard...

Desde el primer momento que te vi, una voz interior me dijo que tenías que ser mía.

—¿Crees que no me di cuenta de la forma en que me mirabas, Richard?

—De modo que lo supiste.

—Sí, yo también lo supe desde el principio. Me di cuenta de todo. Conozco bien a los hombres.

—No digas eso, Jocelyn. Me hace daño.

—Me gusta verte celoso... Es muy divertido.

—Se me ocurre una idea, Jocelyn.

—¿Cuál?

—Marchémonos ahora mismo a las Vegas. Nos casaremos allí.

—¿Estás loco?

—Luego mataremos a Susan.

—Es la mayor estupidez que he oído en mi vida. No podemos cambiar el plan. Primero ha de morir Susan. Sólo de esa forma yo heredaré su fortuna, de acuerdo con el testamento de mi llorado esposo. Luego dejaremos correr un par de meses y nos casaremos. Es así como te dije que había que hacerlo.

—Te deseo demasiado para esperar.

—Tuya es la culpa de que nos hayamos casado ya. ¿Por qué te echaste atrás? ¿Por qué dejaste de envenenarla?

—Tú lo sabes bien. Susan se presentó en el hospital y mi insigne colega el doctor Thompson quiso hacerle un examen. En mi vida he pasado más apuro. Creí que todo se venía abajo. Habría bastado un análisis para saber que Susan estaba siendo envenenada con arsénico.

—Tuviste miedo y por eso dejaste de proporcionarle la dosis en los comprimidos.

—Sí, así fue. No tuve más remedio que darle los comprimidos buenos. Pensé que Thompson podía visitar a Susan.

—Lo cierto es que nuestra adorable Susan ha ido mejorando desde entonces. Un poco más y se encontrará más fuerte que nunca.

—La mataremos, Jocelyn.

—Te he oído demasiadas veces esa frase. Ya no confío en ti, ¿sabes, Richard? Tú y yo no pensamos de la misma forma.

—¿Qué quieres decir?

—No me amas lo bastante para correr un riesgo. El de matar a Susan.

—El hecho de que haya decidido tomar algunas precauciones no significa que me haya vuelto atrás.

—De acuerdo, Richard, estamos como al principio.

—Ya he pensado en el modo de acabar con ella.

—¿Sí? ¿Cómo lo harás?

—Me dio la idea esta cabaña. Susan y yo pasaremos aquí el próximo fin de semana. Ella y yo nos bañaremos. Puedes imaginarte lo demás.

—Susan se ahogará.

—Exactamente.

Jocelyn se echó a reír.

—¡Oh, Richard! ¿De veras lo vas a hacer?

—Estoy decidido.

Susan ya no podía escuchar más. Se ahogaba. Le faltaba aire. Si permanecía allí, terminaría por desmayarse.

Apoyóse en la pared y de pronto su mano chocó contra el conmutador de la luz. Produjo un ruido y se quedó inmóvil, rígida.

En el *living* habían dejado de hablar.

La habían descubierto.

—Jocelyn —dijo Richard—, ¿cómo se quedó Susan después de mi llamada?

—Fue un terrible golpe para ella saber que continuarías en Nueva York durante unos días.

Susan se tranquilizó. No la habían oído.

Ahora debía marcharse. Salir de allí cuanto antes. Necesitaba oxígeno.

Pero no se movió al oír de nuevo a Jocelyn.

—Se me ocurre una idea mejor. ¿Por qué hemos de esperar al fin de semana? ¿Por qué no atraemos a Susan aquí? Bastaría con que mañana te presentases en casas. Le darías una buena sorpresa... Ella se pondría muy contenta. Luego le dirías que te habían dado unos días de vacaciones en el hospital y que se te había ocurrido pasarlos con ella a solas, en esta cabaña... Será estupendo, querido. Mañana, a estas horas, Susan puede estar muerta y entre tú y yo no se interpondrá ningún obstáculo. Yo tendré los millones de Barclay y tú me tendrás a mí.

De repente, Susan sintió que la puerta de la cocina se abría a su espalda.

Volvió bruscamente la cabeza.

Creyó que la sangre se le helaba en las venas al ver en el hueco a Richard. Su rostro estaba muy serio y sus ojos azules brillaban como ascuas. Un mechón de su cabello rubio le caía por la frente. Se cubría con un jersey de manga corta, pantalón blanco y mocasines.

—Hola, nena.

—¡Richard! —Sólo pudo pronunciar su nombre.

—Me has dado un gran susto. Creí que eras un salteador.

Susan tragó saliva.

—Aparta de ahí, Richard.

—¿Para qué?

—Voy a salir.

—¿Por qué tanta prisa, nena?

—Lo he oído todo.

—¿Qué es todo?

—Lo que tú y esa mujer... —Nuevamente se interrumpió al referirse a Jocelyn.

En aquel momento se abrió la puerta que comunicaba con el

living.

Susan volvió la cabeza y vio allí a Jocelyn.

Le sentaba muy bien aquella blusa roja y los pantalones negros ceñidos. Parecía un maniquí de una casa de modas.

—Susan...

La joven levantó la barbilla.

—¿Cómo estás, querida Jocelyn?

—Muy sorprendida.

—Yo lo estoy mucho más que tú —repuso Susan con sarcasmo—. Para ti sólo hubo un hombre, mi padre. El era el único. Jamás habías pensado en casarte otra vez.

—¿Cuánto tiempo llevabas aquí escuchando?

—Lo suficiente para que se me haya caído la venda de los ojos.

—Así que lo sabes.

—Sí. Sois dos miserables.

—Tranquilízate, Susan... Debes ser un poco más comprensiva. Al fin y al cabo, ¿qué tiene de particular que Richard se haya enamorado de mí? A muchos les ocurrió. Soy todavía bonita y joven.

—No quiero escucharte. Eres una cínica.

—Anda, ven conmigo, te hace falta beber. Un *whisky* te entonará.

—¿Con o sin veneno?

—¿También escuchaste eso?

—También. Sois unos asesinos. —Miró a Richard, que estaba muy serio—. ¿Cómo has podido caer tan bajo, Richard?

El rubio ladeó ligeramente la cabeza.

—Ya oíste a Jocelyn. Me enamoré de ella.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué? Pero soy una ingenua. Está todo claro... Jocelyn necesitaba que yo muriese para heredar la fortuna de mi padre. Fue lo que ella te dijo hace un momento.

—¿Por qué viniste aquí?

—Yo te puedo contestar a eso, Richard —dijo Jocelyn—. Se sentía muy sola y de pronto se le ocurrió llegarse a la cabaña pensando que aquí lo pasaría mejor... ¿Fue así?

—Sí, y celebro mucho haber llevado a cabo mi plan porque ya no necesito estar sola —había mucha ironía en la voz de Susan—. Os tengo a vosotros dos. Mis dos seres más queridos. Mi prometido

y la mujer que ha sido para mí como una segunda madre. —Anda, entra, querida, y continuaremos hablando.

—No voy a continuar hablando con vosotros. Es vuestro nido y no quiero estorbaros. Os deseo una eterna felicidad.

La joven echó a andar hacia el hueco donde se encontraba Richard, pero éste no se movió para franquearle el paso.

—Quítate de ahí, Richard.

—Nena, al parecer no te das cuenta de cuáles son las circunstancias.

—He podido estar ciega, pero no soy una estúpida. Ya os deseé la mayor dicha del mundo.

—Te íbamos a matar.

—Pero no lo habéis conseguido, aunque ello se debe a la intervención de tu colega el doctor Thompson.

—Sí, gracias a él continuas viviendo. Pero todo lo que oíste hace imposible tu marcha. Has de quedarte con nosotros, nena, con Jocelyn y conmigo.

Susan vio que los ojos de Richard la miraban fijamente. Sintió un escalofrío al ver que en aquellos ojos no parecía haber un hálito de vida. Eran como dos cuencas de vidrio.

Susan se volvió hacia Jocelyn.

—Dile que se aparte de ahí.

—No puedo ordenarle eso, querida.

—¿Vais... a matarme?

Ninguno de los dos le respondió.

—Sí, es eso... —habló Susan con voz ronca—. Richard lo dijo. He estado tan aturdida, durante los últimos minutos que no me di cuenta. He sido una ilusa al pensar que podría salir de esta casa. Richard me iba a invitar a pasar aquí unos días y me ahogaría en el lago.

Tampoco ahora Richard y Jocelyn pronunciaron una sola palabra.

—¿Cómo lo haréis ahora? —dijo Susan tratando de parecer tranquila—. ¿Utilizaréis el cuchillo o la pistola? ¿Me enterraréis para que me den por desaparecida?

—No, querida, no podemos hacer tal cosa —habló por fin Jocelyn—. Imagino que, antes de salir de casa, dijiste a los criados que venías a Pine Lake. No podemos hacerte desaparecer porque

entonces se sospecharía tu muerte violenta... No, querida. Lo montaremos todo para que encuentren tu cadáver.

—¿Cómo puedes hablar así tan fríamente, Jocelyn?

—Por dos millones de dólares.

—Lo tenías todo conmigo. Mi padre te dejó una renta anual suficiente para que pudieses vivir con desahogo el resto de tu vida...

—Veinticinco mil dólares es poco dinero teniendo en cuenta que la vida no hace más que subir y subir.

—No, Jocelyn. No es eso. Tú lo quieres todo, los dos millones. Es tu ambición la que te ha impulsado al crimen.

—Está también mi amor por Richard. El me corresponde. Ninguno de los dos habríamos podido soportar que te casases con él.

Richard echó a andar hacia Susan y alargó la mano para tomarla del brazo.

—¡No me toques! —gritó ella.

—Entonces entra en el *living*.

Jocelyn le dirigió una sonrisa.

—Sí, querida. Ven conmigo. Estaremos muchos más cómodas y nos podremos ver la cara.

La joven respiró profundamente y por último echó a andar siguiendo a Jocelyn. Richard lo hizo a continuación, y ya en el *living*, cerró la puerta apoyándose en ella. Jocelyn se acercó a un mueble bar y tomando una botella, escanció en un vaso.

—¿De verdad no quieres un trago?

—No.

—Has de beberlo —dijo Richard.

—¿Por qué?

—Será mucho mejor para ti.

—Ya entiendo, primero beberé un vaso y luego otro. Me emborracharéis.

—No te darás cuenta de nada.

—Me llevarás al lago y me ahogará allí.

—Te repito que no sufrirás.

—Richard, me parece increíble que puedas decir esas cosas... Es monstruoso, Richard. Estás considerado como un buen médico, llegarás a ser famoso en tu especialidad... Tu misión consiste en

salvar vidas humanas. ¿Cómo puedes hablar tan fríamente de quitar la mía?

—Por favor, deja ya los sermones.

Jocelyn se fue acercando a Susan con el vaso, que había llenado de *whisky* hasta casi el borde.

—Anda, Susan, bebe. Es bueno. Te pondrá alegre.

La joven pegó un manotazo al vaso, que se fue por el aire estrellándose contra la pared. Al caer en el suelo se hizo añicos. El *whisky* corrió por la pared y por el suelo. Los ojos de Jocelyn relampaguearon furiosos.

—¿Qué has hecho, estúpida?

—Perdona si defiendo mi vida, querida madrastra.

—No puedes hacer nada. ¿Todavía no te diste cuenta de que tú misma te metiste en la trampa?

—Haré un pacto con vosotros.

—¿Qué pacto?

—Me marcharé y no diré nada a nadie. Yo no he sabido lo que ha ocurrido aquí esta noche. Podéis continuar amándoos, nadie os lo impedirá. Diré a mis amistades que he roto con Richard. Se acabó nuestro compromiso. En cuanto a ti, Jocelyn, podrás vivir en la casa de Boston. Es una ciudad que te ha gustado siempre. No hace falta que nos veamos más. Así acabará todo.

—No, querida. No puede terminar como tú quieres.

—¡Oh, sí, lo olvidaba! El dinero. Yo continué siendo la heredera de los dos millones de mi padre.

—Gracias por recordarlo.

—¿Cuánto quieres, querida madrastra?

—Todavía no lo has comprendido. Tú lo dijiste antes. Quiero los dos millones y ahora no bastaría que me los regalases. Hace falta algo más, Susan. Es necesario que mueras.

—Estás loca.

—Has tardado demasiado tiempo en decirlo. Y también Richard estará loco, ¿verdad?

—Sí, estoy segura de que habéis perdido el juicio los dos. Todo el que mata lo está.

—No nos interesa conocer tus principios morales —exclamó Jocelyn—. Richard...

—¿Sí, querida?

—Mátala de una vez.

Sin embargo, Richard permaneció quieto.

—¿A qué esperas, Richard? —gritó Jocelyn.

La joven observó atentamente al hombre del que había estado a punto de convertirse en esposa.

—¿Esperas quizá que te lo haga difícil, Richard? ¿Debo acercarme para que me acuchilles? ¡Oh, no! Eso no lo puedes hacer. Necesitáis que mi cadáver esté entero. ¿Vas a estrangularme, Richard? Ahora recuerdo haberte oído decir que te gustaba mi cuello y ahora sé por qué. Ya pensabas en lo maravilloso que sería para ti apretarlo cada vez con más fuerza, hasta ahogarme.

—No, entonces no pensaba en eso —dijo Richard y echó a andar hacia ella.

Susan se quedó paralizada.

Todavía no podía admitir que Richard la fuese a matar. Él era el hombre que quería. Recordaba sus palabras de amor, sus besos.

Pero otra vez vio los ojos de él fijos en ella y comprendió que de nada le serviría recordar a Richard el pasado. Aquel hombre sólo pertenecía a una mujer. A Jocelyn.

Richard ya había llegado a su lado. De pronto descubrió que él empuñaba una estatuilla de bronce que había tomado de la repisa de la chimenea.

Al ver cómo Richard alzaba el brazo lentamente se sintió poseída de una gran angustia. Deseó morir. El hombre a quien amaba la había engañado miserablemente. La mujer a quien consideraba como una madre era una traidora. Los dos estaban confabulados.

Vio en el rostro de Richard una mueca infrahumana.

Ya iba a bajar el brazo. Ella sentiría un golpe sordo y luego se haría la noche eterna.

CAPÍTULO III

De pronto, en una fracción de segundo, se rebeló contra su destino. Instintivamente, levantó la rodilla.

Era cuando ya la estatuilla de bronce descendía sobre su cabeza.

Oyó un grito y Richard, alcanzado en el vientre, falló el golpe con su improvisada arma.

Entonces Susan echó a correr hacia la puerta.

—¡Se escapa, Richard! —Oyó que gritaba Jocelyn.

Abrió la puerta de un tirón y salió de la cabaña.

De pronto tropezó en el porche y cayó al suelo.

—¡La mataré con la pistola! —oyó decir a Jocelyn.

—¡No lo hagas! —le respondió Richard jadeante—. Lo haré yo sin dejar huella. Susan se levantó otra vez y corrió hacia los pinos.

Volvió la cabeza atrás y vio a Richard salir de la cabaña.

—¡Párate ahí, Susan!

La joven siguió corriendo, pero de súbito, se dio cuenta de que había elegido una mala dirección y que por aquel camino no llegaría a donde estaba su coche.

Ya era demasiado tarde para retroceder. Richard le estaba dando alcance.

Entonces se detuvo respirando entrecortadamente, apoyándose en uno de los pinos.

Richard dejó de correr poco a poco y siguió andando hacia ella.

—Richard, no me mates —suplicó Susan.

—Nena, lo siento, pero no hay más remedio.

—¿Qué es lo que ha hecho contigo esa mujer?

—No es cuestión tuya.

—Sí lo es. Tú creíste estar envenenándome, pero era ella la que te envenenaba a ti lenta, muy lentamente. Richard, todavía no te

has manchado las manos de sangre, todavía no has matado...

—No lo hagas demasiado largo —dijo él, y siguió andando hacia la joven.

Ya estaba muy cerca, a dos yardas.

Susan quedó da nuevo paralizada.

—Richard, no quiero morir.

—Nadie quiere morir, querida... Pero será más fácil para ti que para los demás. Lo has tenido todo en este mundo... Unos padres ricos, posición, caprichos satisfechos. Todo.

Sí, aquel hombre estaba loco. No podía esperar piedad de él. La mataría sin remisión.

Fue a escapar, pero ya era demasiado tarde. Richard saltó sobre ella y la atrapó por el cuello. Susan dio un grito.

—Nadie te puede socorrer. Calla —dijo Richard.

Ella forcejeó y los dos perdieron el equilibrio cayendo en tierra.

Las manos de Richard se cerraron en el cuello de Susan.

Ella sintió cómo los dedos de él apretaban su carne.

Comenzó a faltarle el aire en los pulmones.

Trató de respirar, pero no podía conseguirlo porque Richard apretaba cada vez con más vigor.

Ella luchó también con todas sus energías.

Los dos rodaron por la ladera y de pronto Richard se golpeó la cabeza contra un tronco.

Susan sintió cómo las manos de él se aflojaban. Miró a Richard. Estaba aturdido, aunque no hubiese perdido totalmente el conocimiento. Tenía una nueva oportunidad para escapar. No podía desaprovecharla.

Se levantó de un salto y echó a correr hacia el lugar donde había estacionado el coche.

—¡No lograrás escapar! —oyó gritar a Jocelyn—. Detente, Susan. Tengo una pistola en la mano...

Susan siguió corriendo.

Sonó un estampido y oyó el silbido de la bala por encima de su cabeza.

El auto estaba demasiado lejos. Nunca llegaría hasta él.

Jocelyn había descendido del porche y emprendió su persecución.

Susan abrió la portezuela del coche y se metió dentro.

Puso el motor en marcha.

Los faros iluminaron a Richard, que se estaba levantando.

Apretó fuerte el acelerador.

El motor rugió y luego el vehículo dio un salto hacia adelante.

El guardabarros derecho golpeó contra el tronco de un árbol.

Susan salió despedida hacia un lado, pero se rehízo.

Hizo girar el volante para no estrellarse contra otro pino.

—¡No dispaes, Jocelyn! —oyó gritar a Richard.

—Estúpido, no podemos consentir que se escape.

—¡Le daré alcance!

El auto ya trepaba por la colina.

De súbito, Susan oyó que el motor dejaba de funcionar.

El «Jaguar» corrió un poco hacia arriba y luego se fue deteniendo.

¡No, no podía ocurrirle ahora!

Hizo girar la llave de contacto. El motor rugió otra vez, pero de nuevo volvió a silenciarse.

Escuchó a Jocelyn.

—¡Date prisa, Richard! ¡El auto de ella sufrió una avería!

Miró atrás sobrecogida y vio a Richard que estaba entrando en la cochera.

Nunca podría escapar. ¿Por qué no saltaba del coche y echaba a correr por entre los árboles? Richard tendría que abandonar también el auto. Con un poco de suerte podría encontrar a alguien en el camino.

Pero el pueblo más cercano era Pine Lake. Jocelyn y Richard también lo sabían y le cortarían el camino.

Hizo un intento.

Richard ya estaba sacando su «Ford» de la cochera.

Dio otra vez vuelta a la llave de contacto al tiempo que apretaba el acelerador.

Ahora el motor no se detuvo.

El «Jaguar» dio un salto al llegar a la cumbre y corrió por el camino de Pine Lake.

Los faros del vehículo de Richard le alumbraron por detrás.

Richard era un buen conductor. Le daría alcance enseguida.

La distancia que los separaba no era muy larga.

Hizo correr el auto como nunca lo había hecho con anterioridad.

Sentía una fuerte opresión en el pecho.

Dos millas más allá volvió a girar el volante a la derecha.

El auto de Richard estaba cada vez más cerca.

A lo lejos vio las luces de Pine Lake. Unos minutos y llegaría a su destino. Sabía bien adónde dirigirse, a la comisaría de policía.

Miró por el espejo retrovisor. El auto de Richard estaba ahora más lejos. Había perdido mucho terreno. Ya no corría peligro. En un instante llegaría al pueblo.

Ahora otra vez sintió deseos de llorar. Su mundo había saltado en pedazos.

Dejó deslizar el coche por la calle principal. Algunos bares estaban abiertos.

Al fin, frenó junto al bordillo de la acera.

Saltó del «Jaguar» y miró por el fondo de la calle sin descubrir el «Ford» de Richard. Todavía no había aparecido. Imaginó lo que había ocurrido. Richard se había vuelto atrás al darse cuenta de que no la podía alcanzar. Ahora los dos, Richard y Jocelyn, tendrían que huir.

Empujó la puerta de la comisaría.

Tras una mesa vio al jefe de policía de Pine Lake. Su nombre era Joe Holland. Se trataba de un hombre robusto, de cabeza poderosa, cabello rizado, muy claro por las entradas. Lo había visto en un par de ocasiones, pero jamás había hablado con él, quizá porque no le había resultado simpático.

—Buenas noches, señor Holland.

—Ah, es usted, señorita Barclay... Hacía tiempo que no la veía. Fui amigo de su padre. A él le gustaba mucho la pesca... Al parecer, no heredó usted su afición. Disculpe el comentario.

—Está disculpado.

—¿Qué puedo hacer por usted, señorita Barclay?

—Hay dos personas que intentan asesinarme.

El jefe de policía enarcó las cejas y se quedó con la boca abierta.

—¿Qué dice, señorita Barclay?

La joven se pasó la lengua por el labio.

—Me van a matar.

—¿Quién?

—Mi madrastra y un hombre.

—¿Su madrastra? Pero, señorita Barclay...

—Sé que es muy difícil de entender, señor Holland, pero es como le digo. Él era mi prometido, el doctor Richard Ritter... Hoy he descubierto que los dos me engañaban. Los sorprendí en la cabaña del lago...

Holland se levantó de la silla.

—Señorita Barclay, quiero creer que está bromeando.

—No bromeo en absoluto, señor Holland. Le estoy diciendo la verdad. Tampoco he bebido. Le aseguro que mi madrastra y mi prometido han intentado matarme en la cabaña del lago. Pude escapar en dos ocasiones. El doctor Ritter me siguió en su auto hasta cerca del pueblo... Luego, al parecer, regresó a la cabaña...

La joven se interrumpió al ver dibujado en el rostro de Holland el escepticismo.

—Ha de creerme, señor Holland —insistió.

—Claro que la creo.

—No me mire así.

—¿Cómo la miro?

—Como si estuviese loca.

El jefe de policía de Pine Lake forzó una sonrisa.

—Vamos a hacer una cosa, señorita Barclay. Usted se va a quedar aquí en una habitación muy confortable.

—¿Por qué? ¿Qué va a hacer?

—Simplemente, me voy a llegar a la cabaña de Pine Lake para hablar con su madrastra y ese doctor.

—Ellos negarán los hechos.

—Pero el hallarlos juntos me demostrará que usted tiene razón. No lo dude. Además, debe concederme que he llegado a jefe de policía porque he sabido utilizar mi inteligencia. Seguro que se me ocurre tenderles una trampa. Me gusta enfrentarme con las personas que se creen demasiado listas.

Holland se dirigió hacia una puerta.

—Aquí se encontrará muy cómoda. Hay periódicos y un transistor. No tardaré más de una hora en regresar.

En aquel momento se abrió la puerta y entró un agente que se cubría con camisa caqui y corbata negra.

—Dean, la señorita Barclay va a ser nuestra huésped durante un rato —dijo Holland—. Te quedas al frente de la comisaría. He de hacer algunas diligencias, pero volveré enseguida.

—Sí, jefe.

La joven ya había entrado en la estancia.

Holland le dirigió una sonrisa y cerró la puerta tras de sí.

Susan se encontró en una habitación donde había un tresillo. Sobre la mesa vio periódicos y revistas. El transistor era de un tamaño mediano. Lo puso en marcha y la atmósfera fue inundada por las notas de un *twist*.

Se sentó en un sillón y cerró los ojos.

Era increíble que a ella le estuviese ocurriendo todo aquello. Jocelyn y Richard se habían confabulado para asesinarla... Pero ya había terminado. El jefe de policía Holland los desenmascararía.

Se prometió a sí misma que al día siguiente emprendería viaje a Europa. Volvería a Suiza. Alquilaría una casita junto al lago. Trataría de divertirse, de olvidar... Seguro que lo conseguiría.

Transcurrió media hora.

Se levantó de la silla y paseó nerviosa por la pequeña habitación.

Al fin se abrió la puerta y el jefe Holland entró seguido de Richard Ritter.

Susan quedó asombrada al ver a su prometido.

—Hola, querida.

El jefe Holland cerró la puerta.

—¿Qué ha hecho, señor Holland? —preguntó Susan.

—Le dije que iría a la cabaña, pero no hizo falta. Me encontré en el camino al señor Ritter.

Se hizo un silencio.

—Señorita Barclay —prosiguió Holland—. Usted va a volver a la cabaña con el doctor Ritter.

—¡No! —exclamó la joven retrocediendo.

—El doctor Ritter me ha dicho que estaba usted en tratamiento. Últimamente se sintió usted muy débil. El doctor le diagnosticó una anemia. ¿Es cierto?

—Sí, pero...

—El doctor la trajo hoy a la cabaña. Pensó que le haría bien respirar el aire de la montaña... Su madrastra también les acompañaba. De pronto usted se arrojó sobre la señora Barclay. La atacó con un cuchillo.

La joven miró con ojos agrandados a Richard.

—Has inventado esa historia para que pueda volver contigo... No quieres renunciar, ¿eh, Richard? Has de matarme a toda costa. No importa a qué precio.

—Debes tranquilizarte, querida.

—Anda, llámame querida. Dime como otras veces que soy la chica de tus sueños, que nunca conociste a una mujer tan maravillosa como yo.

—Te lo repetiré cuando estemos a solas.

—No, Richard. Nunca me lo volverás a decir. Tu única intención es matarme. Así os quedaréis solos tú y ella... Ahora conozco bien vuestros planes.

Richard alzó las manos con un gesto de consternación.

—Ya lo ve, señor Holland. Empezó por considerar a Jocelyn su enemiga y también lo soy yo ahora.

Susan se sintió llena de ira. ¿Cómo había podido amar a aquel hombre? Era un ser depravado, un monstruo que no se detendría ante nada. La mataría sin titubear.

—Señor Holland, todo es un engaño... Una farsa... Es cierto lo de la anemia, pero súpalo de una vez, el doctor me estaba envenenando. ¿Lo oye...? Me estaba envenenando. Se lo oí decir a Jocelyn... Usted no puede dejarme marchar con él... Si me llevan allí otra vez, me matarán...

Holland sacudió la cabeza.

—Señorita Barclay, sentiría mucho tener que recurrir a la fuerza para ayudar al doctor a transportarla a la cabaña.

La joven apretó los puños. Nadie la escuchaba. Todos estaban en contra de ella. Miró a la cara del capitán Holland y vio sus protuberancias, sus ojos en los que había un brillo maléfico.

—Ya comprendo, señor Holland... Usted está de acuerdo con ellos... Le han pagado.

—Le ruego no tenga en cuenta sus palabras, señor Holland —dijo el doctor—. Ya le he advertido que ella ve en cada persona un enemigo.

—Estás representando tu papel a las mil maravillas, Richard —repuso Susan con voz entrecortada.

—Vamos, querida.

—¡No! ¡No iré contigo!

—Le ruego no se resista, señorita Barclay —dijo Holland.

No, no se podía resistir. Eran dos hombres contra ella. La sacarían de allí por la violencia. No tenía opción.

—¡No me toquen!

—¿Va a ir por su pie? —inquirió Holland.

—Sí, volveré a la cabaña con el doctor.

—Eso está bien.

Holland abrió la puerta y ella fue a echar a andar hacia el hueco, pero Richard la atrapó por el brazo.

Susan trató de soltarse, pero él le hundió los dedos en la carne.

—Nena —dijo Richard—, todo irá bien.

Cruzaron la sala y salieron a la calle.

El doctor abrió la portezuela del coche y no dejó libre el brazo de Susan hasta que la joven hubo ocupado el asiento.

Susan observó por el hueco de la ventanilla la cara sonriente de Holland.

—¿Cuánto le pagaron?

—Espero que se mejore, señorita Barclay —sonrió el jefe de policía de Pine Lake, enseñando unos dientes muy separados.

Richard saludó con la mano a Holland e hizo arrancar el «Ford».

—¿Qué vais a hacer con mi auto, Richard? ¿O no tuvisteis en cuenta que se quedó en la calle?

—El jefe se encargará de él.

—De modo que yo tenía razón.

—Sí, nena. Acertaste. Él nos avisó que estabas aquí.

—Sois todos una gentuza.

—Deberías ser más comprensiva.

—Oh, sí, debería serlo más y poner yo misma la cabeza en la guillotina.

El auto había dejado atrás el pueblo de Pine Lake. La aguja del velocímetro marcaba las 80 millas.

De pronto, Susan abrió la portezuela y se dispuso a arrojarle por el hueco.

Ritter la tomó por la muñeca.

—¿Qué vas a hacer?

—Facilitaros el trabajo.

—No, así no.

—¿Qué más da, Richard? ¡Suéltame!

El coche comenzó a hacer eses por la carretera chirriando los

neumáticos, crujiendo la carrocería.

—¡Maldita, estate quieta, nos vamos a matar...!

—No será bueno para ti, pero lo es para mí —repuso Susan, y dio un tirón para librarse de la mano que la aferraba, Richard movía el volante con la diestra, gratando de impedir que el automóvil se saliera del camino.

Se acercaban a una curva.

—¡Estate quieta, Susan!

Apretó el pedal del freno.

La curva corrió hacia ellos a una velocidad fulgurante.

Hizo girar el volante.

El auto se deslizó hacia el borde de la carretera. Coleó y de repente salió de ella, chocó contra un árbol y dio una vuelta de campana. Entonces se convirtió en un bólido que giraba y giraba destrozando los arbustos que encontraba a su paso. El motor estalló y el «Ford» se convirtió en una tea que rebotaba una y otra vez dejando tras de sí una estela de fuego.

CAPÍTULO IV

Jocelyn fumaba nerviosa. Tan pronto se acercaba al bar y bebía un trago de *whisky* como paseaba de un lado a otro de la estancia.

A veces se dejaba caer en un sillón, pero estaba muy poco tiempo allí, porque otra vez se levantaba para continuar sus paseos.

No debía haber confiado en Richard. ¿Por qué no lo hizo ella? ¿Por qué no persiguió a Susan en el auto? Podría haber terminado con la pistola. Sí, el arma habría servido para acabar de una vez con las complicaciones. Luego lo habrían arreglado de alguna forma.

Era absurdo lo que estaba pensando. Con una bala los problemas habrían sido mayores. Richard tenía razón. Pero ¿y si fracasaba? ¿Y si no había dado alcance a Susan?

Sus pensamientos fueron interrumpidos por el zumbido de un motor.

Ya volvía Richard.

Sonrió porque estaba segura de que él volvería solo. Ya lo habría hecho. Se habría desembarazado de Susan ahogándola en cualquier lugar del lago. Había resultado bien.

Fue al bar y preparó dos vasos de *whisky* con cubitos de hielo. Richard se lo merecía.

Un maravilloso mundo tenía delante de ella. Un mundo en el que entraría con todos los honores que pueden conceder dos millones de dólares.

El auto se había detenido al lado de la cabaña. Oyó pasos en el porche.

Puso los dos vasos de *whisky* en la mesa y corrió hacia la entrada para echarse en brazos de Richard.

La puerta se abrió de golpe y la joven se detuvo.

Había hablado unas cuantas veces con el jefe de la policía

Holland y siempre él se la comía con los ojos. Pero, después de todo, Holland se comportaba como la mayoría de los hombres.

—Buenas noches, señora Barclay. ¿Puedo entrar?

Notó un tono desagradable en la voz del jefe de policía de Pine Lake.

—Perdone, señor Holland, pero me disponía a acostarme.

—Lo siento, señora Barclay, pero quiero hablar con usted.

Él ya había cerrado la puerta.

—Está bien —dijo ella.

Holland echó a andar hacia el centro de la estancia. Vio los dos vasos de *whisky* con cubitos de hielo sobre la mesa.

—Al parecer, esperaba a alguien...

—Es posible.

Holland tomó un vaso y bebió un trago.

—No le he invitado, señor Holland —dijo Jocelyn.

Holland chascó la lengua.

—La persona a quien usted destinaba este vaso no lo podrá beber.

Jocelyn sintió que el corazón le golpeaba contra las costillas.

—No sé lo que quiere decir, señor Holland.

—¿No? —Holland forzó una sonrisa y bebió otro trago.

Jocelyn se sentía cada vez más irritada. De buena gana hubiese pisado el cuello a Holland.

—El doctor Richard Ritter —dijo él—. Ése es el hombre a quien esperaba ver en la puerta cuando me vio a mí.

—Está bien, señor Holland, voy a admitir eso. ¿Qué tiene que ver con su visita? Holland miró el vaso de *whisky* al trasluz.

—Ya se lo dije antes. El doctor Ritter nunca podrá beber el vaso que usted le preparó, y existe una razón muy sencilla para ello. Está muerto.

Durante algunos instantes, en el *living* sólo se oyó el tictac del reloj que descansaba sobre la repisa de la chimenea.

Jocelyn creyó que por sus venas corría sangre helada.

—Se ha quedado muy pálida, señora Barclay. Pero me hago cargo. El doctor Ritter era un buen mozo, un hombre en la flor de la vida. Y también era muy guapo... —Señor Holland, ¿qué es lo que ha ocurrido? Dígalo pronto y guarde sus ironías para mejor ocasión.

—De acuerdo, señora Barclay. Se lo diré de una vez. El doctor

Ritter tuvo la desgracia de sufrir un accidente. Cuando regresaba de Pine Lake hacia esta cabaña, su coche se deslizó en una curva...

Jocelyn se aplastó las sienes con la mano y cerró los ojos.

¡Richard muerto...! ¡Ya no le vería más...! No, no había estado enamorada de él, pero contaba con Richard para llevar a cabo su plan. Se habría casado con él, aunque sería un matrimonio temporal. Ella lo necesitaba vivo.

De pronto, sintió que unas manos rodeaban su cintura. Era el jefe de policía que había acudido a su lado.

—Déjeme. No necesito su ayuda —dijo apartándose de él.

—Creí que se iba a desmayar.

—Estoy bien, gracias...

De repente, Jocelyn se dio cuenta de una cosa. El jefe de policía sólo había hablado de un muerto, de Richard. ¿Y Susan?

—Señor Holland, ¿sólo hubo un accidentado?

—¿Por qué dice eso?

Jocelyn apretó los dientes. Las palabras de Holland sólo querían decir una cosa. Efectivamente, sólo Richard había muerto. ¿Qué había sido de Susan? ¿Es que Richard no había podido darle alcance?

Holland estaba hablando otra vez.

—Le hice una pregunta, señora Barclay. ¿Debía ir alguien con el doctor Ritter?

—No.

Holland se echó a reír.

—Vamos, señora Barclay, ha de decirme la verdad.

—Se la he dicho.

—No. Ésa no es la verdad. El doctor Ritter viajaba hacia aquí con una muchacha, con Susan Barclay, su hijastra.

¿Qué juego se traía el jefe de policía de Pine Lake?

—Señor Holland, ¿qué pretende con su tortuoso interrogatorio?

—Recibí la visita de los dos en mi comisaría, de Richard Ritter y de Susan Barclay pero debo advertirle que primero llegó ella —el capitán se dirigió al mueble bar y él mismo se escanció más *whisky* en el vaso. Sin mirar a Jocelyn prosiguió—: La señorita Barclay me contó una bonita historia. La pretendían asesinar.

Jocelyn no dijo nada. Se había convertido en un bloque de hielo.

—Ustedes dos querían asesinarla, usted y el prometido de la

señorita Barclay, Richard Ritter.

—Imagino que no creería una sola palabra.

—Siento defraudarla, señora Barclay, pero creí a la señorita Barclay —alzó su vaso—. Por su belleza inmarcitable, señora Barclay.

Aquel hombre le estaban destrozando los nervios. Ahora comprendía su propósito. Se había llegado allí con todos los triunfos. Los estaba jugando lenta, muy lentamente, cuando le convenían. Y por ello estaba haciendo todas las bazas.

—Acabe de una vez, señor Holland.

—Soy hombre realista, señora Barclay. Sí, señor. Soy el hombre más práctico que he conocido. Gracias a ello he prosperado. Pero no crea que mis ambiciones acabaron con ser el jefe de la policía de Pine Lake. ¿Cómo iba a conformarme con eso, con ser el jefe de policía de un pueblecito de mala muerte? Muchas veces me he mirado al espejo y le he dicho a mi otro yo: «Joe, algún día se presentará tu oportunidad. Es cuestión de paciencia. No dejarla escapar». —Sonrió enseñando unos dientes parejos, blancos—. Sí, señora Barclay, eso es lo que he dicho muchas veces a mi propia imagen.

—¿Le respondió ella alguna vez?

Holland se echó a reír.

—Tiene sentido del humor y cerebro que lo conserve en las presentes circunstancias.

—Las circunstancias actuales me tienen sin cuidado. Siento la muerte del doctor Ritter, pero al parecer, olvida que él no era nada mío. Sólo se trata del prometido de mi hijastra.

—Le ha faltado agregar una cosa: «Era un buen chico. Descanse en paz».

—Le dije antes que dejase los sarcasmos, señor Holland. Ahora se lo ruego.

—Está bien. Voy a demostrarle lo que le dije antes con respecto a mi sentido práctico de la vida. Usted está metida en un buen lío, señora Barclay.

—Sé lo que quiere decir, señor Holland.

—¿De veras?

—Dijo que recibió a mi hijastra antes que a Richard. Ella le debió contar una bonita historia.

—Sí.

—Todo eso de que el doctor Ritter y yo la queríamos matar. Y apuesto a que ella agregó que el doctor Ritter y yo éramos amantes.

—¿No lo eran, señora Barclay? —repuso Holland, mirándola de arriba abajo.

—Es usted un insolente.

—No se exalte, señora Barclay. Al fin y al cabo, puedo decir del doctor Ritter que tuvo muy buen gusto al fijarse en usted. Es una mujer hermosa, deseable...

—Termine, señor Holland. No me gustan sus requiebros.

—Muy bien, señora Barclay, dejaré los requiebros —el jefe de policía hizo una pausa—. Estábamos hablando del acuerdo al que usted y el doctor Ritter llegaron para acabar con Susan.

—Le he dicho ya que no hubo tal acuerdo.

—Qué lástima que el doctor Ritter hablase antes de morir... Sí, señora Barclay, el doctor Ritter quiso poner en paz su conciencia y confesó. Tengo aquí su declaración. —Holland sacó un cuaderno de notas del bolsillo.

Jocelyn sintió una descarga eléctrica por todo el cuerpo.

El jefe de policía manejó su cuaderno con parsimonia después de haber dejado el vaso sobre la mesa.

—Aquí está, señora Barclay. Escuche... «Yo, Richard Ritter, confieso en trance de muerte que me confabulé con Jocelyn Barclay para matar a Susan Barclay».

—¿Quién ha escrito eso?

—Yo.

—No tiene ningún valor.

Holland sonrió.

—No lo tendría si no estuviese firmado por el doctor Richard Ritter.

—Creo que ya comprendo su plan.

—¿Sí?

—Usted falsificó ese documento, incluida la firma de Ritter.

Holland volvió hacia Jocelyn el cuaderno.

—Quizá conozca la firma de su amante.

Jocelyn vio la firma. Sí, no cabía duda. ¿Por qué aquel estúpido se había arrepentido antes de morir?

—¿Convencida, señora Barclay?

—Sigo pensando que falsificó la firma del doctor Ritter.

—Una prueba caligráfica demostraría lo contrario.

—¿Qué va a hacer?

—Soy un jefe de policía, señora Barclay, y se supone que mi obligación es detenerla. Ahora el tono de voz de Holland había cambiado.

Jocelyn se percató de ello. Dejaba deslizarse las palabras por entre sus dientes con cadencia, dándoles un sentido confidencial.

—¿Qué va a ganar con eso?

—Hacer justicia. Yo presté un juramento, señora Barclay; servir a la ley. Hacerla respetar. Usted la ha infringido.

—Mi abogado hará saltar esa acusación por los aires. Fue una venganza personal —la joven sonrió triunfalmente—. Se necesitan pruebas. No sirve un documento escrito por un hombre moribundo...

Holland rió.

—No serviría si no hubiese otras cosas.

—¿Qué cosas?

—Mi declaración... ¿Recuerda? Susan estuvo en la comisaría y me lo contó todo antes de que sobreviniese el accidente. Pero hay algo más. Otro testimonio. El más importante de todos. El de Susan Barclay.

—¿Dónde está ella?

—En cierto lugar donde la dejé custodiada. Ella viajaba con Ritter cuando sobrevino el accidente. Por fortuna para ella, había abierto la portezuela para lanzarse fuera del vehículo. Fue lo que provocó el siniestro, pero cuando el coche se puso a dar vueltas, ella salió despedida. Sólo sufre unos rasguños.

—Quizá me sea eso favorable... Mucha gente sabe que Susan era la prometida de Richard. Tal como ocurrió el accidente, se puede deducir que pelearon. Usted lo ha dicho. Ella abrió la portezuela para arrojarla fuera.

—Muy bien, señora Barclay, si se atreve a hacer frente a una acusación y a un juicio, seguiremos adelante.

Los ojos de Holland miraron regocijados a la pelirroja. Ella sabía lo que él quería que le preguntase. Muy bien. Le preguntaría.

—¿Qué alternativa me ofrece?

Holland guardó el cuaderno de notas y atrapó su vaso.

Jugueteó con él mirando los cubitos de hielo que habían reducido mucho su tamaño.

—Sé lo que usted perseguía, señora Barclay. Dos millones y el prometido de su hijastra.

—Correcto, señor Holland. ¿Qué más?

—Según los archivos de la policía, hay dos motivos por los cuales un hombre desea la muerte de sus semejantes. El amor y el dinero.

—¿Me va a dar lecciones de criminología?

—No, señora Barclay, siempre me he dicho que si yo alguna vez faltase a mi juramento, sería por esas dos razones. Dólares y besos.

—Hablemos sólo de dólares.

—Quizá me conforme con ellos... al principio.

—¿Cuánto quiere?

—Cien mil.

—Está loco.

—Usted quiere echarle mano a dos millones.

—Se trata de negocios en marcha. No puedo conseguir tanto efectivo. Además, para ello tendría que ser primero la heredera de los dos millones.

—Eso lo debe dar por hecho, si es que marchamos por el mismo camino.

Jocelyn entornó los ojos. ¿Por qué se había asustado? Aquel canalla tenía su precio, igual que todos los hombres.

—Le podré dar hasta veinte mil dólares mañana. El resto hasta los cien mil lo iré pagando poco a poco.

—Ha de ser en menos de un año.

—Está bien, señor Holland. En menos de un año.

Holland se puso en pie y dio unos pasos hacia la joven deteniéndose muy cerca.

—Ahora debemos sellar nuestro acuerdo con un beso.

—No, señor Holland. No se lo daré.

Joe rió.

—Podría arrancárselo a la fuerza.

—Es usted bajo y ruin.

—Pero no lo voy a hacer, señora Barclay. Soy un hombre paciente con las mujeres... Hasta ahora toda la que me gustó terminó por hacer todo lo que yo quería —rió de forma

desagradable.

—¿Dónde tiene a Susan?

—En una clínica. La llevé allí con la excusa de sus heridas. Facilité al doctor Richard la captura de la nena, pero ya había decidido seguirles. Quería sorprenderlos a ustedes cuando fuesen a realizar el trabajo con ella.

—Ya entiendo. Nos iba a hacer chantaje.

—¡Qué palabra tan fea!

—Es lo que está haciendo. Me está chantajeando, le guste oírlo o no.

—Dulzura, debe ser más cariñosa con su cómplice. Recuerde que ahora somos aliados. Cambió un hombre por otro. Richard Ritter por Joe Holland. Usted ganó con el cambio. El jefe de policía de Pine Lake es un hombre listo.

—¿Cómo va a hacer lo de Susan?

—Me desembarazaré fácilmente de ella. En la clínica donde la llevé tengo un par de amigos. Me deben ciertos favores. Supuestamente, la chica ha ingresado a consecuencia del accidente de automóvil. Estaba muy mal, tanto que esta misma noche morirá de resultas de sus heridas.

Jocelyn se dijo que, efectivamente, el jefe de policía Joe Holland era un hombre muy listo.

Holland se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo antes de salir y dijo mirando a la pelirroja:

—No se vaya. Volveré cuando haya terminado con la chica.

—Me encontrará aquí, señor Holland. Puede estar tranquilo.

—Espero que entonces sea un poco más cariñosa —dijo Holland, y salió de la cabaña.

CAPÍTULO V

Susan volvió en sí y encontróse tendida en una cama.

Se incorporó soltando un gemido. Le dolía la barbilla.

Pensó en el accidente de auto, pero de pronto recordó el puñetazo que le había propinado Holland.

Otra vez pasaron por su mente las escenas del accidente, el automóvil dando chirridos cuando ella fue tragada por el aire, deslizándose por el hueco, y cómo rodó dando vueltas.

Sólo había quedado conmocionada. Tenía doloridas muchas partes de su cuerpo.

Cuando se puso en pie, vio la enorme hoguera en que se había convertido el «Ford» y de pronto a su espalda, muy cerca de ella, frenó un coche y el jefe de policía Holland salió por una portezuela.

Holland se había quedado mirando el metal retorcido que crujía bajo el fuego y luego dijo:

—Parece que nació hoy, señorita Barclay.

—Por favor, quiero volver a mi casa —había contestado ella.

—Eso no puede ser por ahora, señorita Barclay. Ha ocurrido un accidente muy grave. Desde aquí puedo ver al doctor Ritter que está ardiendo como si lo hubieran untado con pez. He de cumplir los trámites, usted me comprende. Además, necesita ser conducida a un hospital.

—Me encuentro bien, señor Holland.

—Sólo aparentemente. Tiene algunos cortes superficiales en los brazos y un hematoma. Pero ¿quién nos dice que no sufre heridas internas? Son las peores, ¿sabe? Hemos de cerciorarnos. Sólo un doctor nos puede sacar de dudas.

—Está bien. Quiero llamar a un médico que conozco, el doctor Thompson.

—Aquí tenemos también buenos médicos.

—Insisto en que sea el doctor Thompson.

—El accidente ha ocurrido en territorio de mi jurisdicción, y por tanto, soy yo quien decide, señorita Barclay... Por favor, no haga esto más enojoso.

—No iré con usted.

—¿Por qué no?

—Usted sabía perfectamente por qué el doctor Ritter me llevaba a la cabaña del lago. Sabe que yo dije la verdad y que Richard Ritter mentía. ¿Cuál es su intención, señor Holland?

—Nena, me lo está poniendo muy difícil.

Y tras decir esas palabras, Holland le había disparado el puño a la cara.

Perdió el conocimiento, y ahora despertaba allí, en aquella habitación que olía a hospital. No, no podía haber estado durmiendo tanto rato. A su llegada le debieron inyectar una droga para dormirla.

Consultó su reloj pulsera, pero se había quedado parado en el momento en que sobrevino el accidente.

¿Por qué la había llevado allí? ¿Qué era lo que pretendía aquel jefe de policía?

Oyó ruido en la puerta. Alguien estaba abriendo con llave... Luego vio entrar a un hombre. Se cubría con una bata blanca. Era pelirrojo, de cara pecosa y ojos muy claros.

—Caramba, ya despertó —dijo al ver a Susan.

—¿Qué es esto?

—Una clínica, señorita Barclay. Lo que usted necesitaba.

—Yo no necesitaba ninguna clínica.

—Yo diría que sí. Sufrió un accidente, llegó aquí privada del sentido.

Susan se dijo que no valía la pena contarle a aquel hombre de qué forma la habían privado del conocimiento.

—Quiero hablar con el doctor.

—Ya se marchó.

—Hablaré entonces con el sustituto.

—Yo soy el sustituto. Mi nombre es Ben Sharon.

—Está bien, señor Sharon. No necesito permanecer más tiempo en esta clínica, me encuentro bien. Quiero marcharme a mi casa.

—Claro que se irá a su casa.

—Gracias.

—Pero no ahora.

—¿Por qué no?

—La traje el jefe de policía de Pine Lake, el señor Holland. Dijo que no la dejásemos marchar.

Susan se sintió otra vez conturbada.

—Oiga, quisiera que me creyese.

—¿Por qué no la iba a creer, señorita Barclay? Diga usted lo que quiera. Ben Sharon lo admitirá de pies juntillas.

—Todos están contra mí.

—¿Todos?

—Mi madrastra, Jocelyn Barclay, el doctor Richard Ritter, aunque él ya murió, y también ahora lo está el jefe de policía de Pine Lake, el señor Holland... Todos se han propuesto matarme... ¿Lo oye? Quieren asesinarme.

—¡Oh, sí, hay gente muy mala por el mundo...!

—Dijo antes que me iba a creer.

—Y no he faltado a mi palabra, señorita Barclay. Todos quieren jugarle una mala pasada. Quizá sea así. No lo dudo. Pero da una pequeña casualidad. Ben Sharon obedece a Joe Holland. Ben Sharon se tiene que limitar a cumplir las órdenes que reciba del jefe de policía de Pine Lake.

Lo había supuesto desde hacía un rato y ahora sus sospechas quedaban confirmadas. También aquel hombre estaba con Jocelyn y con Holland.

Había intentado escapar inútilmente. Era como si hubiese caído en una tela de araña. Había momentos que, en sus forcejeos, lograba romper los hilos que la aprisionaban, pero con ello solo conseguía caer en un lugar más profundo, en donde la tela se volvía más densa.

—Oiga, señor Sharon, le daré dinero.

—¿Sí?

—Le pagaré mejor que el señor Holland, se lo prometo...

—Me gusta el dinero, cariño. Qué lástima que esta vez no pueda aceptar su oferta.

—¿Por qué no?

—La vida, nena. El señor Holland me tiene atrapado. Si yo se la

jugase, él me podría mandar a presidio de por vida y a Ben Sharon no le gusta la cárcel. No, no le gusta nada porque ya la probó... Usted se hace cargo, ¿verdad, nena?

La joven se humedeció el labio inferior con la lengua.

—¿Qué van a hacer conmigo?

Ben Sharon se rascó por detrás de una oreja.

—Eso es cuestión del señor Holland.

—Yo sé lo que me va a hacer.

—¿Sí, dulzura?

—Me matará.

Sharon no dio respuesta.

Susan puso los pies desnudos en el suelo. Conservaba encima su vestido sucio, rasgado a la altura del hombro y por la espalda.

—¿Es que va a dejar que me asesinen, señor Sharon?

—Hay cosas en las que no me puedo mezclar. Ya se lo dije, nena. Joe Holland me tiene en sus manos. No puedo hacer nada.

En aquel momento se abrió la puerta e irrumpió en la estancia un hombre moreno, alto, robusto, de cabello negro, rizado, y nariz achatada.

—Supuse que te encontraría aquí, Ben.

Vine a ver si ya le había pasado el efecto del somnífero.

—¿A quién quieres engañar? Viniste para aprovecharte de ella.

—No, Frank. Eso es lo que tú haces.

Frank miró escéptico a su compañero y luego desvió los ojos hacia Susan.

—¿Te hizo algo, nena?

—No.

Frank esbozó una sonrisa.

—Anda, sal de aquí, Sharon.

—¿Y qué vas a hacer tú?

—Yo me quedo.

—Nos vamos los dos, Frank.

—He dicho que yo me quedo, Ben. Y no me discutas.

—A Holland no le gustaría que la tocases. Ya lo oíste.

—Holland tendrá que conformarse.

—¿Es que has perdido el juicio? No puedes enfrentarte con Holland. Puede perjudicarnos.

—Y un cuerno. Él también tiene mucho que callar. Sal de una

vez de aquí, Ben, si no quieres que te saque a patadas.

Ben apretó los puños.

—Oye, me gusta vivir en libertad.

—¿Otra vez con la misma canción?

—No quiero pudrirme en una cárcel, Frank.

—No te preocupes. El jefe nunca te meterá en ella.

—Es lo que dices tú. Sabes lo que puedes hacer. Me ha amenazado muchas veces. —Te ha amenazado porque le gusta meterte miedo en el cuerpo, estúpido. ¿Es que no te diste cuenta? Cuando Holland está aburrido, sólo tiene que llegarse aquí y decirte lo que liaría contigo si le fallases.

—Me importa un rábano lo que tú pienses, Frank. Ya probé lo que era aquello y no quiero volver.

—Claro, que no volverás, muchacho.

—Salgamos los dos hasta que venga Holland. Luego le pides permiso a él.

—Eres un condenado cobarde.

Frank le tiró el puño a la cara. Era mucho más fuerte que Ben Sharon. Este quiso burlar el golpe, pero no fue lo bastante rápido. Los nudillos de Frank percutieron en su pómulo.

Salió despedido y golpeó las espaldas contra la pared.

Frank fue detrás de él y le hundió la izquierda en el estómago.

Sharon lanzó un grito y se dobló en dos.

Entonces, Frank lo atrapó por el cabello rojizo y tiró de Él hacia atrás, levantándole la cara.

—Escucha, estúpido. No vuelvas a oponerte a lo que yo decida, ¿lo oyes? Te advertí una vez. Ésta es la última. A la próxima te convierto en pulpa. ¿Entendido?

Ben Sharon respiraba exhalando un ronquido por la boca.

—Sí, Frank.

—Así me gusta, Ben —le sonrió el grandullón—. Anda, y ahora lárgate.

Le dio un tirón del cabello, enviándolo hacia la puerta.

Ben salió sin volver la cabeza. Cerró a sus espaldas.

Luego, Frank se volvió hacia la joven que, muy pálida, había presenciado la pelea.

—Apuesto a que ya te gusto.

Ella no contestó.

—Soy un tipo muy fuerte, ¿sabes? Anda, toca ese bíceps...

—Me da usted asco.

—¿Eh?

—Ya lo oyó. Es usted un tipo repugnante.

—¿Qué modales son éstos? Holland dijo que eras una dama.

—Por eso su presencia me da náuseas.

—Conque tienes esos humos, ¿eh? Muy bien, nena. Yo te los bajaré.

Echó a andar hacia la joven y ésta retrocedió, pero sus piernas golpearon contra el borde del lecho y quedó sentada en éste.

Frank se lanzó sobre ella, pero Susan rodó con rapidez y pudo librarse del abrazo. Corrió hacia el rincón del otro lado.

Frank se echó a reír.

—No creas que me disgusta el juego, pequeña... Anda, sigue huyendo. Será más emocionante.

—Holland le ajustará las cuentas, si me toca.

—Aprendiste bien la lección que te dio Ben, pero ya oíste lo que le dije a él, y te lo repito a ti. Holland es nuestro amigo. Tendrá que conformarse con lo que yo haga... Sí nena... Sí, nena. Él nos dará su bendición.

—¡Puerco!

Frank echó a andar otra vez, frotándose las palmas de las manos sobre las perneras del pantalón.

—Anda, echa a correr.

Susan fue a salir disparada por la derecha, pero Frank saltó por ese lado.

La joven se detuvo.

—¿Qué te pasa, nena? ¿Has perdido ya tu ligereza? Si continúas así, el juego va a durar muy poco. Te voy a atrapar *en* un suspiro. ¡Ahora!

Al tiempo que así decía, saltó sobre la joven.

Ella le pegó un zarpazo en la cara.

Sintió cómo sus uñas se hundían y rasgaban la carne de Frank.

Éste dio un chillido, pero no soltó a Susan, porque había logrado abarcarle la cintura con el brazo.

Tiró de ella, apretándola contra sí.

Susan intentó arañarle otra vez la cara, pero Frank le impidió la libertad de movimiento, apretándola fuertemente contra su pecho.

—Inténtalo otra vez, gata —rió, mientras le goteaba la sangre por la mejilla.

—Es un canalla... ¡Suélteme!

—No, nena. Ahora ya no te puedo soltar.

De pronto llegó una voz desde la puerta.

—Déjala, Frank.

Frank volvió la cabeza bruscamente y vio allí al jefe de policía de Pine Lake.

—¿Le da lo mismo esperar un rato, señor Holland?

—Apártate de ella, imbécil.

—No me gusta que me griten —dijo Frank, que aún continuaba abrazando contra sí a Susan.

Holland sacó la pistola de la funda.

—Quítate de ahí o te vuelo la cabeza de un balazo.

Frank arrugó el entrecejo, pero finalmente dejó libre a Susan.

—No hay que ponerse así, señor Holland.

El jefe de policía caminó hacia Frank.

De pronto, hizo un movimiento rápido con el brazo.

El cañón de la pistola golpeó contra el maxilar inferior de Frank. Éste retrocedió tambaleándose, mientras soltaba un aullido animal.

—No quiero volvértelo a repetir, Frank.

Frank miró con odio al jefe de policía.

Su pecho subía y bajaba, respirando muy aprisa.

—Te dije que tenías que obedecerme sin pestañear, ¿verdad, Frank? Será mejor que no vuelva a ocurrir.

—Sólo quería entretenerme un rato con la chica.

—No puedes hacer eso. Ésta no es como las otras.

—¿En qué se diferencia?

—Ella va a morir.

—Ésa es una razón más para que usted me permita estar con ella un rato.

—No, Frank. No puedo autorizarte eso. Lo comprenderás enseguida. Los forenses hacen la autopsia de las personas que han muerto accidentalmente. Esta chica ha muerto en un accidente de automóvil. ¿Qué pasaría si el forense descubriese que ha sido violada? Habría una investigación y podrían ocurrir muchas cosas desagradables. ¿Se te ha metido en la cabezota?

—Sí, señor Holland.

—Celebro que seas tan comprensivo —ironizó el jefe de policía. Luego, miró a la joven—. Ya lo ve, nena. Hice lo que pude por usted para defenderla.

—Es un cínico tan repulsivo como él. Me ha librado de su compinche porque le interesa simular que morí cuando volcó el coche. Usted lo acaba de decir.

—Sí, nena.

—Eso quiere decir que llegó a un acuerdo con mi madrastra.

—Eres una chica muy lista.

—Lo que hagan conmigo lo pagarán.

—No, cariño. Todo saldrá perfecto. Para algo soy jefe de policía. Lo arreglaré de modo que no haya ninguna posibilidad de que peligre mi piel. El destino jugó a mi favor provocando ese accidente, aunque en realidad, tú misma me ayudaste a tratar de escapar del auto.

Holland hizo una pausa y sonrió.

—Ya me has oído, Frank. Tiene que parecer un accidente. Pero no la hagas sufrir. Entre los que mueren en accidente de automóvil es muy frecuente la fractura de la base del cráneo.

El jefe de policía sacó una cachiporra del bolsillo y la alargó a Frank.

—Con eso bastará.

Frank sopesó la cachiporra. La empuñadura era de material plástico y terminaba en una bola de plomo en forma de pera.

—Sí, señor Holland... Saldrá bien.

La joven apretó los puños sobre los muslos.

—No sé cómo pueden existir seres humanos como usted, señor Holland. Es un animal sanguinario, un sádico.

Holland dio un suspiro.

—Aunque no lo creas, esto me satisface muy poco. Si hubiese otra forma de arreglarlo, no vacilaría en cambiar de procedimiento. Pero las cosas han salido así y hay que conformarse.

Holland echó a andar hacia la puerta.

—Ah, Frank —dijo antes de salir—, se me olvidaba; no quiero que vuelvas a pelear con Ben Sharon.

—Ya le dio el soplo, ¿eh?

—No hizo falta. Lo encontré curándose la cara. Que no vuelva a ocurrir. ¿Lo oyes? —Sí, señor.

Holland dirigió una sonrisa a la joven y salió de la habitación.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras del capitán, Frank golpeó con la porra de plomo sobre la palma de la mano, produciendo un restallido.

—Bueno, nena. Sólo tienes unos segundos.

Echó a andar hacia la joven, mirándola a la cara, y sus labios sonreían haciendo una mueca.

Susan sintió que su cuerpo se quedaba vacío.

Intentó con todas sus fuerzas seguir viviendo, pero había fracasado.

Éste era el final.

—Será rápido y sencillo, si te estás quieta —dijo Frank—. Si quieres, puedes cerrar los ojos. Te lo aconsejo. Así no verás nada.

Ella retrocedió nuevamente, aunque sabía que esta vez la pelea sería más corta que antes.

Frank era un hombre muy fuerte y ella una mujer indefensa.

CAPÍTULO VI

En aquel momento se abrió la puerta y Frank se detuvo, volviéndose.

En el umbral había un hombre joven, de unos veintiocho años, moreno. Se cubría con una cazadora de cuero. Sus ojos eran azules y el mentón cuadrado. Portaba con la diestra un maletín de cuero negro.

Cerró la puerta y se dirigió hacia la ventana, diciendo:

—Termino enseguida.

—¡Eh! ¿Quién es usted? —preguntó Frank.

El hombre contestó, sin volver la cabeza.

—Chuck Todman, de Fisher Company. Especializados en calefacción, y si quiere saber más, llamaron a nuestras oficinas para que arreglásemos una tubería.

—Salga de aquí. Ya arreglaré eso en otro momento.

—No, amigo. No puedo volver. Tenemos mucho trabajo. Hago horas extra. ¿Lo oye? A todos les ocurre lo mismo. Cuando va a llegar el invierno se acuerdan de que está averiada la calefacción. Si les pasa el turno, van a la cola en la lista.

—Pónganos en la cola.

—Eso no es cuestión suya, amigo. Dígaselo al director gerente.

El joven puso el maletín en el suelo y se arrodilló ante el radiador.

—Señor Todman —dijo Susan, con rapidez— cuando entró, este hombre se disponía a matarme. Le ruego me ayude.

Todman quedó un momento en suspenso y volvió poco a poco la cabeza.

Para ese entonces, Frank había guardado la cachiporra en el bolsillo de la bata. Primero la miró a ella, inmóvil, los ojos

enfebrecidos. Luego a Frank Cooney. Éste se puso un dedo en la sien y lo hizo girar.

—¡No lo crea, señor Todman! —gritó Susan—. No estoy loca.

—Oiga, señorita —dijo Frank—, ya le dije que debe estarse callada, si no quiere que la llevemos al cuarto de la ducha. Recuerde que no le gusta. Y si no tiene bastante con eso, avisaré al doctor. Será peor para usted. Le pondremos la camisa de fuerza.

Todman se pasó el dorso de la mano por la mejilla y abrió el maletín para ocuparse del radiador.

—Señor Todman —insistió Susan—, soy Susan Barclay. Mi madrastra, Jocelyn, me quiere matar... La ayudaba un médico, mi prometido, pero él y ella se entendían... Logré escapar, pero el doctor murió en un accidente de automóvil... Luego me trajo aquí el jefe de policía de Pine Lake... Él se ha puesto de acuerdo con mi madrastra. Todman sacó una llave inglesa del maletín.

—¿Qué le parece la fábula? —rió Frank—. La repite a todo el que encuentra y luego le pide que la saque de aquí.

—Comprendo.

Susan exclamó, exasperada:

—¡Le juro que es cierto! ¡Tiene que creerme, señor Todman!

—Señorita Barclay —dijo Chuck—, le aseguro que la creo.

—No, usted no me cree a mí, sino a él... Le aseguro que no estoy loca. Este enfermero se llama Frank. Iba a matarme cuando llegó usted... Quieren simular que morí en el accidente de automóvil con mi prometido —de pronto ella se acordó de algo—. Tiene una cachiporra en el bolsillo, la guardó para que usted no la viese... Es una cachiporra con una bola de plomo.

Todman manejó la llave inglesa en el radiador.

Frank rió por lo bajo.

—Un día de éstos voy a cambiar de profesión. Es malo eso de entendérselas con las personas que han perdido el juicio.

Chuck dijo en tono casual:

—No sabía que en esta clínica hubiese enfermos mentales.

Frank no contestó al pronto. Carraspeó con suavidad.

—También los tenemos... Sí, señor. Esto es como el Arca de Noé... Hay de todo, un ejemplar de cada especie... —rió su propio chiste.

—Écheme una mirada, señor Todman —dijo Susan—. Observe

mi vestido... Le repito que sufrí un accidente de automóvil. Es por lo que estoy así... El jefe de policía me golpeó hasta dejarme sin sentido, porque me resistía a ir con él... Después me dieron un somnífero. Desperté hace un rato...

Todman continuó trabajando silenciosamente.

Por fin, dejó su herramienta en el maletín, lo cerró con un chasquido y se puso en pie.

—Bueno, esto ha quedado listo. Creo que funcionará.

—Seguro —dijo el enfermero—. Se le ve un muchacho muy competente.

—Gracias, Frank.

Susan se clavaba, nerviosa, los dedos en el estómago.

Era su última oportunidad y se le escapaba.

Chuck Todman ya se dirigía a la puerta con el maletín en la mano.

De pronto lo vio detenerse.

—Ah, Frank, se me olvidaba.

—¿El qué, Todman?

—Enséñeme lo que lleva en el bolsillo.

—¿Eh?

—Ese bolsillo le abulta, el derecho. Saque lo que lleva dentro.

Frank entornó los ojos.

—Eh, oiga, creo que no sabe lo que dice.

—Se equivoca. Lo he dicho con las palabras justas. Hasta un niño de cuatro años me entendería, y usted ya es crecidito.

—No me gusta su actitud.

—Saque lo que tiene en el bolsillo.

—Me quejaré al director del hospital y él le hará llegar a su jefe. Es posible que hasta lo despidan, pero no quiero que lo dejen en la calle. Ande, dé media vuelta y lárguese.

—Lo está empeorando, Frank. ¿Por qué no me enseña de una vez lo que tiene ahí dentro?

—Muy bien. Tengo algo que es necesario para enfrentarme con estos locos. Se trata de un objeto que nos dan en el propio hospital.

—Quiero verlo.

Frank apretó los dientes, rabioso.

—Salga de aquí, Todman. Ya me cansó.

—¿De veras?

—Sí, se lo aseguro. Y eso es algo muy malo. Le puede pasar algo.

—¿Como por ejemplo?

—Quedarse sin dentadura.

Todman sacudió la cabeza.

—Usted es un tipo fuerte, Frank. Con toda seguridad habrá dejado a muchos tipos sin dientes...

—No llevo la cuenta, pero pueden ser más de media docena.

—Pero yo no seré uno de ellos.

Chuck arrojó el maletín sobre Frank, y en la siguiente fracción de segundo saltó sobre el enfermero.

Antes de que éste se pudiese dar cuenta, Todman le había pasado el brazo por delante del cuello. Completó la llave de judo poniéndole la pierna por detrás.

Frank cayó al suelo de espaldas y Todman encima, apoyándole la rodilla en el estómago.

Frank quedó sin respiración y se relajó.

Todman le introdujo la mano en el bolsillo y le sacó la cachiporra de plomo. Luego se puso en pie, esgrimiéndola por el mango.

—De modo que esto es lo que el doctor recomienda a sus pacientes.

—¡Maldito...! Deme eso.

—¿Sabe que es una forma muy original de recetar?

—Todavía está a tiempo de echar marcha atrás, Todman. Deme la cachiporra y lárguese.

—No. Ahora empiezo a creer que esa historia que contó la chica tiene grandes posibilidades de ser cierta. Y fue usted quien se encargó de echarlo a perder, Frank. Al principio, cuando oí a la muchacha, hubiese jurado que estaba completamente loca. Pero usted se puso a representar un papel y lo hizo bastante mal. Despertó mis sospechas y por ello quise comprobar si, efectivamente, tenía esa cachiporra en el bolsillo.

Frank respiraba entrecortadamente.

—Se está metiendo en un lío muy grande, amigo, y le apuesto a que no va a salir de él.

Susan intervino:

—Lo que dice este hombre es verdad. Ya le dije que hay un jefe de policía por medio, el de Pine Lake. Puede llegarse de un

momento a otro a esta habitación para cerciorarse de que Frank cumplió su orden de matarme.

—Muy bien. Usted y yo nos iremos de aquí.

—Me temo que será un poco difícil. No conozco esta clínica. El jefe de policía tiene otro cómplice, un tal Ben Sharon.

Frank levantó el brazo y apuntó con el dedo índice a Chuck.

—Oiga, Todman, no haga caso, no ayude a la chica a escapar. Si se atreve, va a tener muy poco tiempo para arrepentirse.

Todman le enseñó los dientes.

—No me gustan los tipos que amenazan. Nunca me gustaron... ¿Está preparada, señorita Barclay?

—Sí —dijo la joven, poniéndose los zapatos, que encontró bajo la cama.

—Asume la cabeza, por la puerta y vea si el corredor está despejado.

Susan cruzó la habitación, abrió con suavidad la puerta y miró fuera.

—Podemos salir, señor Todman. No hay nadie.

—Bueno, Frank —dijo Todman—. Llegó la hora de dormir.

Hizo girar el brazo con una velocidad meteórica y la cachiporra golpeó en la cabeza de Frank antes de que éste pudiese saltar.

Sus piernas se doblaron y luego todo él se vino abajo.

Chuck alcanzó su maletín y guardó la cachiporra en el bolsillo. Se acercó a la joven y la tomó por el brazo.

—No pierda la serenidad, si las cosas se complicasen. No se preocupe. Saldremos de aquí, aunque tenga que abrirme paso a cachiporrazo limpio.

Ella sonrió por primera vez en mucho tiempo.

—Es usted un hombre muy valiente.

—Deje los besos para luego.

Salieron de la habitación y se encaminaron hacia el ascensor.

Chuck apretó el botón de llamada. Poco después llegó la caja. Estaba vacía. Se metieron dentro y Todman apretó el botón de la planta baja.

El ascensor fue descendiendo.

Al llegar abajo. Todman abrió la puerta.

Susan lanzó un grito al ver a la otra parte del hueco al pelirrojo Ben Sharon.

—Eh, señorita Barclay, ¿qué hace aquí?

—La invité a tomar un trago —contestó Todman—. ¿Hay oposición?

—Usted no puede llevársela. Es una paciente.

—Era, amigo —dijo Chuck, y le pegó con la cachiporra entre los dos ojos.

Antes de que Ben Sharon cayese. Todman lo atrapó por la cintura y lo introdujo en la caja. Luego hizo salir a Susan, cerró la puerta y apretó el botón al último piso.

—Eh, oiga, me deja usted maravillada —dijo Susan.

—¿Por qué?

—¿No habrá matado a alguno de los dos?

—No. Sé cómo pegarles.

—¿En qué consiste el secreto?

—Es muy sencillo. Durante el servicio militar me entrené en una sección de comandos.

—Pero si nos encontramos con el jefe de policía, usted no le podrá dar el mismo trato que a los demás.

—¿Quién dice que no?

—Frank tenía razón. Se está metiendo usted en un lío muy grande por mi culpa. —Calle ahora.

Bajaron otros cuatro peldaños y se encontraron en el espacioso vestíbulo. A un lado estaba el registro, un amplio mostrador tras el que trabajaban dos jóvenes con bata blanca.

Chuck Todman era muy alto y se puso junto a Susan para cubrirla con su cuerpo. Ganaron la salida sin que nada hubiese ocurrido.

Susan respiró el aire fresco de la noche. Era vivificante. Estaba libre.

CAPÍTULO VII

Ocuparon el asiento delantero de una camioneta modelo cuatro años atrás, en la que se hacía destacar en letras grandes el nombre de Fisher Company.

La joven dio un suspiro cuando se encontraron a un par de millas de la clínica.

—No sabe cuánto le agradezco lo que ha hecho por mí, Todman sacó un paquete de cigarrillos.

—¿Quiere?

—Sí, creo que me hace falta.

—Encienda dos. Hay una caja de fósforos en la guantera.

Susan encendió los dos cigarrillos y le dio uno.

Chuck Todman soltó una bocanada de humo y luego preguntó:

—¿Dónde vive?

—En Filadelfia.

—Es justo mi destino, porque yo también resido allí —la miró a la cara—. ¿La maltrataron?

—No mucho. Tuve suerte al caer del coche.

—¿Qué va a hacer ahora, Susan? Ya sabe, me refiero a su problema.

—No lo sé.

—No tiene pruebas, ¿verdad?

—En absoluto. Ninguna.

—¿Por qué no me lo cuenta todo con más detalle?

Susan hizo un relato de lo que le había acontecido.

Chuck sacudió la cabeza cuando ella terminó.

—Desde luego no tiene ninguna prueba. Y lo malo es que ese bastardo policía y su madrastra no renunciarán fácilmente a su propósito.

—Cabe la posibilidad de que acuda a la policía de Filadelfia.

—Usted les contará la historia y, naturalmente, harán una investigación, pero Holland se encargará de convertirla en polvo.

—Opino lo mismo que usted.

—¿Sabe una cosa, Susan? Usted no puede volver a Filadelfia.

—Pero allí está mi casa.

—Sí, la situación es bastante absurda para usted. Susan. Se trata de su propia casa, pero sería temerario que regresara a ella. ¿Cree que su madrastra va a cambiar de idea cuando sepa que usted ha escapado?

—No, no cambiará. Todo lo contrario. Ahora sé que me odia.

—Ahí lo tiene.

—Pero debe haber algún medio para probar lo que han intentado hacer.

—Recuerde que la muerte de Ritter fue accidental. Usted fue internada en la clínica de Saint Paul a instancias del jefe de policía Holland, pero desde su punto de vista, era lógico, puesto que usted había sufrido un accidente. Sólo recibirá felicitaciones... No, cuanto más estudio el caso, pero lo encuentro.

—¡La clínica! —exclamó Susan.

—¿Qué dice?

—Acabo de recordar algo.

—¿De qué se trata?

—Esos dos hombres, Ben Sharon y Frank Cooney, Temen a Holland.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero oí decir a Sharon que el capitán podía enviarlo a la cárcel para el resto de su vida. Tanto Sharon como Frank se refirieron a que Holland los necesitaba.

—¿Qué más?

—Eso es todo.

—Pruebe a recordarlo. Quizá encuentre algo que pasó por alto.

La joven se quedó pensativa un rato. Finalmente, negó con la cabeza.

—No, Chuck. No puedo agregar nada a lo que le he dicho.

—Está bien, Susan, tendré que averiguarlo por mí mismo.

—¿A qué se refiere?

—Investigaré lo que se refiere a esa clínica. Quizá acierte, y sea

la tapadera de algo. Atrapando a Holland quizá podremos desenmascarar también a Jocelyn.

—Pero no puedo permitir que usted se juegue la vida, Chuck.

—Procuraré conservarla.

—¿Por qué hace eso?

Todman le sonrió.

—Ya se lo dije antes. Pertenezco a los comandos y nunca hice una guerra de verdad. Siempre me pregunté de qué me iba a servir lo que me enseñaron, y, por fin, he encontrado la respuesta.

—Chuck, esos hombres pueden matarlo. No vacilarán, en dispararle un tiro, si se interpone en su camino.

—Lo tendré en cuenta.

—Existe otra solución de la que no le he hablado.

—¿Cuál?

—Es la que pensé poner en práctica en la comisaría, antes de que me atrapasen. Pensé marcharme a Europa, a Suiza. Conozco bien aquel país. No creo que Jocelyn ni el capitán Holland se arriesguen a ir tan lejos para acabar conmigo. Jocelyn tendrá que conformarse con sus veinticinco mil dólares de renta anual. Después de todo, ahora que sé quién es, estoy segura de que logrará un marido que posea los millones de dólares que ella quiere.

—Me parece una buena idea.

—Será mejor para usted y para mí. Así no tendrá necesidad de arriesgarse.

—Aunque usted se marche, voy a llevar a cabo mi investigación.

—¡Oh, no...!

—Sí, Susan, lo haré.

—Pero ¿por qué? Ya no tendría objeto.

—Ese Holland es un canalla de la peor especie, teniendo en cuenta lo que usted me ha contado. Apuesto a que se la ha jugado a un buen número de personas y se la seguirá jugando. No puedo remediarlo, Susan, pero esta clase de tipos me producen nudos en las tripas. Si ahora me quedase quieto, me pasaría el resto de mi vida preguntándome qué clase de asado se cuece en la clínica de Saint Paul.

Chuck hizo girar el volante y el vehículo salió de la carretera principal y siguió por otra.

—Eh, éste no es el camino de Filadelfia —dijo Susan.

—Ya lo sé. Vamos a un motel del que es dueña una amiga. Su nombre es Mabel Selvey. Usted se quedará allí mientras yo realizo mi investigación. Naturalmente, le cambiaré a usted el nombre. Será Georgia Adams.

—Me temo que he tropezado con un hombre muy testarudo.

—Los que me conocen, opinan lo mismo que usted.

—¿Y qué me dice de su trabajo?

—Dispongo de casi ocho horas hasta que sea de día, y si necesitase más tiempo, puedo hacer una llamada telefónica, diciendo que me quedé en cama con anginas. Susan rió.

—¿También le enseñaron ese truco en los comandos?

—No sabe la de cosas que aprendí allí.

El motel de Mabel Selvey se llama My Friend.

Mabel era una mujer de unos veintiocho años, cabello rubio platino, cara de mejillas hundidas y labios carnosos.

—Hola, Mabel —la saludó Chuck—. Ésta es mi amiga Georgia Adams.

Mabel miró displicente a Chuck.

—¿Ahora te dedicas a recoger a las vagabundas?

—Nena, parece mentira que todavía no hayas aprendido a conocer la clase.

—¿Qué clase?

—La de ella. Es una millonaria.

—¡Oh, ya comprendo! ¿Y qué es ese vestido? ¿La nueva moda que tratan de imponer?

Susan intervino, un poco excitada:

—¿Muerde sólo durante el día o lo hace también mientras duerme?

—Muy graciosa, señorita Adams. Me reiré cuando se haya marchado, y ya conoce el camino de la puerta.

—Mabel —intervino Chuck—, necesito un *bungalow*.

—Ya lo suponía, pero no hay.

—Claro que hay. En esta época te sobran.

—Eso era antes, hasta las siete de la tarde, pero de pronto, a la gente le dio por venir y se llenaron todos.

Susan dio media vuelta.

—Vayámonos pronto de aquí, Chuck, no vaya a ser que nos contagie la hidrofobia. —Espere un poco y le arranco la cabellera—

dijo Mabel.

—Ya decía yo que tenía cara de india.

Mabel levantó el mostrador y salió fuera, pero Chuck la detuvo, aunque ya Susan había levantado los brazos para defenderse.

—Eh, oiga, si quieren pegarse, ¿por qué no se ofrecen a los empresarios del *cachi* femenino? Pagan a cincuenta dólares el combate. Ahora, aplaquen los ánimos. Y óyeme tú, Mabel. No es lo que, crees. El *bungalow* es sólo para ella, ¿lo oyes? Sólo para ella.

Mabel exhaló el aire que contenían sus pulmones.

—Está bien. Tendrán su *bungalow*. Pero oiga esto, señorita Adams; esto es un motel decente.

—¿Desde cuándo?

—¿Lo ves, Chuck? Ya me está buscando las cosquillas.

—Por lo que más quieran, cállense las dos. ¿Qué infiernos pasa aquí? No se conocían y, apenas las presento, se ponen a reñir. Anda, dame una de las llaves.

Mabel se introdujo tras el mostrador y tomó una de las llaves, que alargó a Chuck, la número siete.

—Ahí tiene el libro de registro, señorita Adams.

La joven se inscribió con el nombre que Chuck le había dado.

Luego, Chuck la tomó del brazo.

—Vamos, la acompañaré.

—Sí, señorita Adams. Déjelo que vaya con usted. Se podría perder.

Susan fue a replicar, pero Chuck la empujó hacia la puerta.

Cuando salieron, Susan hizo rechinar los dientes.

—Pero ¿quién se cree que es su amiga?

—Mabel es una chica con mucho genio.

—Se lo quitaría con una buena paliza. Pero creo que pasa otra cosa. Está enamorada de usted.

—¡Oh, no! Mabel se casará dentro de un mes con un exboxeador.

—Eso no es una objeción. Se casará con el boxeador porque se ha cansado de esperar que usted la invite a acompañarle ante el juez.

Habían llegado al *bungalow* número siete y Chuck abrió la puerta.

—Le traeré ropa de Mabel.

—¡Oh, no!

—Olvídese del contagio. La convenceré para que se la traiga ella.

—No consentiré que pase a este *bungalow*.

—Tendrán una buena oportunidad para hacerse amigas. Mabel resulta muy simpática cuando se la conoce a fondo.

—¿Cuántos años necesitaré?

—Apuesto a que usted le bastan minutos. Es agradable, ingeniosa y... muy bonita. Bueno, eso último lo agrego por mi cuenta. Confieso que es otro impedimento que tendrá que allanar. Ahora he de largarme.

La joven había olvidado por unos minutos lo que Chuck pretendía hacer.

—Chuck, sigo pensando que va a cometer una locura. Por favor, no lo haga.

Todman le dio unas palmadas en la mejilla.

—Sabré cuidarme.

—Apuesto a que ni siquiera lleva pistola.

—No.

Chuck se agachó tranquilamente sobre ella y la besó suavemente en los labios.

Luego salió del *bungalow* y se dirigió otra vez a la oficina.

Mabel lo miró echando chispas por los ojos. Sacó un pañuelo, y después de pasarlo por la boca varonil, lo mostró lleno de *rouge*.

—No hace falta que me lo cuentes todo, Chuck. La encontraste en tu camino. La pobre necesitaba ayuda, tú se la prestaste porque te hizo recordar tu hermanita.

—Nunca tuve una hermanita.

—Razón de más. Quizá la añoraste.

—No seas perversa. He venido a que me des un poco de ropa.

—Los trajes de Ed te sientan muy mal. El pesa treinta kilos más que tú.

Chuck se apretó el puente de la nariz.

—No me refería a Ed, sino a ti. Es ella, Georgia, quien necesita su vestuario.

—Dijiste que era millonaria. Que cablegráfie a Christian Dior.

—Mabel, un día de éstos te voy a dar un beso en la punta de la nariz. Y luego te hincharé un ojo —dijo Chuck, con una sonrisa en

la que enseñaba casi todas sus piezas dentarias.

Ella se inclinó sobre el registro y dijo, echándole el aliento a la cara:

—¿No te da igual darme el beso un poco más abajo?

—¿Cómo no, nena? —Le pasó él la mano por la nuca y tiró de la cabeza femenina.

Sus bocas quedaron unidas.

A espaldas de ellos sonó un rugido.

—¡Adúlteros!

Chuck se apartó de Mabel dando un suspiro.

—Siento un huracán en el cogote. Dime quién es, nena.

Pero sabía perfectamente de quién se trataba. Era Ed, el novio de Mabel.

Mabel parpadeaba mirando al hombre que avanzaba hacia el mostrador y Chuck tuvo la impresión de que a sus espaldas se movía un elefante.

Giró desesperadamente.

—Hola, Ed —lo saludó.

Ed Marlowe, más conocido en los ambientes pugilísticos como Asesino Ed, era un tipo que medía casi dos metros y en cuyo tórax se podría haber escrito *Lo que el viento se llevó* y habría sobrado para agregar de propina *Lolita*.

Como casi todos los boxeadores retirados, tenía la nariz achatada a fuerza de golpes, y una ceja cosida.

—Ed, para cometer adulterio es necesario que una de las personas que se hacen el amor estén casadas.

—Entonces son bígamos.

—Tampoco, Ed. No estás en tu día. Bígamo es el que se ha casado al menos dos veces, sin haberse descasado la primera vez.

—Bueno, esto lo arreglo yo a puñetazos, que es lo mío.

—Eso está mejor, Ed. Pero antes de que me reduzcas astillas debo advertirte una cosa.

—No lo dejaré hablar. Me lía.

—Era un beso de amistad. Mabel me ha hecho un favor y yo le daba las gracias.

—Y un cuerno. La había atrapado por la nuca. Era un beso de tornillo.

—No, Ed. Te equivocas.

Mabel, que había estado callada todo el tiempo, exclamó pasando a la ofensiva:

—Eh, tú, grandullón, ¿con quién crees que te vas a casar? ¿Con una cualquiera? Ya estás tomando el portante y te largas, Otelo de vía estrecha.

Ed parpadeó confuso.

—Eh, nena, sólo quería defenderte. Este tipo es un conquistador, ya te lo advertí. —Conmigo no tiene nada que hacer— dijo Mabel, y res piró profundamente. Su blusa se llenó mucho. —No consentiré jamás, casarme con un hombre que no tenga fe en mí.

Chuck puso una mano en el hombro de Ed.

—Muchacho, ella es pura y casta como blanca paloma...

—Hay palomas negras...

—Sí, y hasta con pintas, pero ésta es blanca. Te lo garantizo.

Ed cerró un ojo.

—¿Cómo lo sabe? ¿La vio sin ropa?

Mabel atrapó un tintero.

—Te voy a romper la cabeza. De «asesino» vas a pasar a asesinado.

Ed bailoteó por detrás de Chuck para burlar el objeto que Mabel pretendía arrojarle.

—Nena, perdona, no volveré a desconfiar de ti...

Chuck se volvió y le pegó una palmada a Mabel.

—Anda, cariño, llévale la ropa a la señorita Adams y dale también de comer.

—Para eso he quedado, para cumplir con las obras de misericordia. También os daré de beber, porque estará sedienta.

—¡Qué gran chica eres...! —dijo, y le dio un beso en la boca. Se volvió hacia Ed—. Puro agradecimiento.

Hizo un saludo con la mano y abandonó la oficina dejando a Ed rascándose el cogote.

CAPÍTULO VIII

Jocelyn se estaba pintando las uñas de los pies, cuando la puerta se abrió, dando paso a Joe Holland.

—Continúa, nena, estás muy sugestiva así.

Jocelyn le dirigió una mirada, pero luego la bajó para seguir su trabajo.

—¿Ya lo dejaste arreglado? —lo tuteó también.

Joe se dirigió al mueble bar y se preparó un *whisky*.

—La chica se escapó.

La joven dio un respingo y el pincel que manejaba marchó lejos manchando sus dedos.

—¿Qué dices, Holland?

—Cierto individuo la ayudó a librarse del hombre que la iba a matar.

—¿Quién?

—Un desconocido, un muchacho que se llegó a la clínica para reparar la calefacción. —Pero ¿qué clase de hombres tienes a tus órdenes? Un tipo cualquiera puede sacarles ventaja.

—Frank Cooney se descuidó un poco, es verdad, y cuando esto termine le tengo preparado un buen castigo para que se acuerde toda su vida.

—¿Adónde fueron?

—Se marcharon a Filadelfia.

—¿Y lo dices tan tranquilo? ¿Es que no te das cuenta? Todo nuestro plan ha quedado arruinado. Se acabó mi herencia. No cobrarás los cien mil dólares, y por añadidura, ella nos denunciará a la policía.

—No hará tal cosa.

—¿Por qué no?

—Ella no puede probar nada. Nosotros no hemos matado a nadie. El doctor Ritter murió a consecuencia de un accidente.

Jocelyn se fue tranquilizando.

—Hay algo más, nena —prosiguió Holland—. Uno de mis hombres siguió a los dos fugitivos en un coche. Fue una buena idea por parte de Dean, porque creo que se detendrán en algún lugar del camino.

—Entonces, ¿no has vuelto a saber de tu hombre?

—No.

—¿Por qué supones entonces que los siguió?

—Porque lo puse allí de vigilancia y no estaba cuando yo llegué. Dean conoció a la chica en mi oficina. Imagino que al verla salir, la siguió.

—¿Y si te equivocases?

—No, nena. Dean sabe cumplir las órdenes. Al no encontrarlo allí, me di cuenta de que algo anormal ocurría. Entré en la clínica y Ben Sharon y Frank Cooney me contaron lo que había ocurrido. Entonces supe por qué Dean no estaba en el lugar que lo destiné.

—No me gusta el cariz que está tomando este asunto. Había confiado en ti, pensé que eras un hombre con talento, pero veo que me equivoco.

Joe bebió un trago de *whisky* y rió, acercándose al lugar donde Jocelyn se encontraba.

—Quizá me anime a darte unas cuantas pruebas de mi talento.

—Anda, demuéstremelo.

—Un poco más tarde.

Joe Holland puso el vaso en la mesa ratona y se inclinó sobre la pelirroja para besarla, pero ella le puso una mano en el pecho.

—No, Joe.

—¿Todavía no estás convencida de que soy el hombre que te convengo?

—Soy una mujer muy escéptica y hasta ahora no hiciste nada que me convenciese...

—Tú y yo podemos llegar muy lejos.

—Seguro. Como por ejemplo, al presidio.

Holland lanzó una carcajada.

—Eso sería muy bueno. El jefe de policía de Pine Lake, tras de las rejas —hizo una pausa quedando serio—. No lo logrará nadie,

¿lo oyes? Joe Holland es demasiado listo para dejarse atrapar.

En aquel momento sonó el timbre del teléfono.

—¿Esperas alguna llamada, nena?

—No.

—Entonces debe ser para mí. Le dije a Dean que si no estaba en la comisaría me encontraría aquí. —Atrapó el auricular—. ¿Sí?

—Hola, jefe.

—¿Qué pasa, Dean?

—Los pájaros anidaron.

—¿Dónde?

—En un motel llamado My Friend, en la carretera a Packerville. La chica se aloja en el *bungalow* número siete.

—¿Sólo la chica? ¿Y ese tipo, Chuck Todman?

—Se largó.

—De modo que dejó sola a Susan...

—¿Quiere que la atrape y la lleve ahí?

—No me gusta que lo hagas solo. Podían surgir inconvenientes.

—Le repito que ella está sola.

—No podemos correr el riesgo de que se escape otra vez. Espera ahí y te mandaré a Tony *Hacker*.

—No me gusta trabajar con ese asesino loco. Siempre está dopado. ¿Por qué no me envía a otro?

—Soy yo el jefe, Dean. ¿Dónde estarás para decírselo a Tony?

—Junto a un árbol desde el que domino el *bungalow* número siete. Me encontrará enseguida.

—Está bien, Dean. Si a la chica se le ocurriese salir y fuese sola, échale mano.

—Descuide, jefe. Sé cómo arreglármelas.

—He oído muchas veces eso y luego resulta que todos fallan.

—Yo no le he fallado todavía.

—Está bien, Dean. Fue bueno eso de que siguieses a la muchacha y al entrometido. Holland colgó y enseguida marcó otro número.

A la otra parte le respondió una voz de mujer.

—Quiero hablar con Tony.

—¿Quién le llama?

—Su tío Charlie.

—Está jugando una partida de póquer con los amigos. ¿Por qué

no llama más tarde?

—Si me hace eso, lo desheredaré.

—Espere un momento, enseguida lo aviso.

Mientras esperaba. Holland dirigió una sonrisa a Jocelyn.

—¿Lo ves nena? Salió bien. Dean siguió a la pareja y ahora ella está sola en el *bungalow* de un motel.

—Mis felicitaciones —repuso Jocelyn.

En aquel momento le llegó por el cable una voz chillona:

—¿Qué pasa, tío Charlie?

—Tengo un trabajo para ti, Tony.

—Un ruego, tío Charlie, déjelo para dentro de una hora. Estoy en la buena racha. Ya les llevo ganados doscientos dólares a mis amigos, y con otro rato, los dejaré limpios.

—Tony, te voy a romper el cuello si continuas jugando. Quiero que salgas de ahí inmediatamente.

—Está bien, tío Charlie. ¿He de ir a la clínica?

—No. Esta vez has de llegar al motel My Friend, en la carretera a Packerville. Dean te estará esperando detrás de un árbol cerca del *bungalow* número siete. Dentro hay alguien que quiero que atrapéis. Es una chica.

—¿Qué quiere que hagamos con ella?

—La metéis por la parte trasera de la clínica, en la morgue, y allí le quitáis la respiración. Nada de balas.

—Corriente, tío Charlie.

—Te he elegido a ti para que aciertes a la primera, Tony.

—No te preocupes. Acertaré.

—Cuando hayáis terminado el trabajo, dile a Dean que me haga una llamada. Él sabe qué número ha de marcar. ¿Comprendido, Tony?

—Sí, tío Charlie. Todo fue sencillo... Negra suerte la mía. Justamente cuando les hubiera limpiado los bolsillos.

Tony *Hacker* cortó la comunicación. Holland dejó el auricular en la horquilla.

Jocelyn había terminado de pintarse las uñas.

—¿Qué dices ahora, nena? —inquirió Holland.

—He oído hacer planes muchas veces y siempre he mantenido cierta reserva hasta que se han ejecutado. Ya lo ves, yo también había hecho un plan y me salió mal. —Confiaste en un hombre que

no lo merecía.

—¿Y por qué he de hacerlo en ti? ¿Simplemente porque eres un jefe de policía?

—¿No es una buena razón?

Ella lo miró con los ojos entornados.

—Quizá...

Joe se fue agachando otra vez sobre ella.

Jocelyn ahora no se retiró.

Él la tomó por los brazos y la besó fuertemente en los rojos labios entreabiertos.

* * *

Susan estaba bajo la ducha. Resultaba maravilloso sentir la caricia del agua después de las duras pruebas por las que había tenido que pasar.

Se frotó fuertemente con una toalla mientras recordaba a Chuck Todman, especialmente aquel momento en que él le dio un beso.

Era un hombre extraño Chuck Todman.

De pronto llamaron a la puerta.

—¿Quién es?

—Mabel —respondió la rubia platino cuando ya estaba dentro.

Susan salió del cuarto de baño cubriéndose con la toalla.

Mabel traía consigo un jersey y una falda gris acero.

—Creo que le quedará bien. Tenemos la misma medida. Son las que le gustan a Chuck.

—No se lo pregunté.

—Oh, no, usted es de las que esperan a que ellos se insinúen.

—Se equivoca.

—Atrapó por su cuenta a Chuck y la besó. Desmíéntalo.

—Siento decepcionarla, Mabel, pero fue él quien me besó a mí y lo hizo por sorpresa.

—Y usted, escandalizada, retrocedió gritando: «Oh, ¿por qué me has puesto las manos encima, atrevido?».

—No, Mabel. No hice tal cosa. Me sorprendió un poco y luego ya no hubo tiempo para más, porque se marchó.

—Comprendo. De buena gana le hubiese echado los brazos al cuello.

—Oh, sí, y lo hubiese devorado. Soy una tigresa hambrienta.

Mabel dejó caer el jersey y la falda en un sillón.

—¿Le ha gustado Chuck, Georgia?

—Justamente hace un momento he llegado a la conclusión de que Chuck Todman es un hombre atractivo, pero me temo que no le importa a usted, Mabel.

—¿Quién le ha metido eso en la cabeza?

—Chuck me dijo que usted se va a casar con un ex boxeador.

—Sí, es cierto.

—Entonces, deje a Chuck tranquilo.

—Vaya —sonrió Mabel, con ironía—. Ya cree que Chuck es un objeto que le pertenece.

—No considero a Chuck como un objeto ni tampoco que lo poseo. Lo crea o no, nos hemos conocido esta noche.

—¿En qué circunstancias?

—Me temo que no puedo decírselo, Mabel, pero le prometo que se lo contaré más adelante.

—He conocido a algunas mujeres que se rodeaban de un misterio. Naturalmente, tal misterio no existía. Sólo era su forma de tender la trampa a la pieza.

—Es muy gráfica, Mabel, pero le aseguro que no hay tal trampa. Por desgracia, todo lo que me ha pasado es demasiado real y trágico.

Mabel quedó un momento en silencio.

—¿Sabe una cosa, Georgia? Quisiera odiarla, pero cada vez me resulta más difícil.

Susan le sonrió.

—Gracias. Es una de las cosas más bonitas que me han dicho en mi vida.

Mabel dio un suspiro.

—Estoy enamorada de Chuck desde que lo conocí, hace tres años.

—Lo suponía.

—Recurrí a todos los trucos sabidos y a otros que inventé, pero con Chuck no sirvió. Entonces eché mano al último.

—Le dijo a Chuck que se iba a casar.

—Sí. Resultó fácil, porque Ed lleva mucho tiempo pidiéndome que sea su mujer.

—Y usted pensó que cuando Chuck supiese que se iba a casar, se haría luz en su cerebro, descubriendo que la quería a usted.

—Fui tan tonta como para pensar en eso. Pero ya lo ve. No sirvió de nada. Se lo dije y Chuck me abrazó, me dio un beso y dijo: «Mabel, deseo que tú y Ed seáis muy felices y que algún día podáis ser los padres de un robusto campeón de los pesados». Fue la primera vez en mi vida que sentí deseos de cometer un crimen. Pero luego, Chuck me besó otra vez, y como siempre ocurre cuando lo hace, me deshice como la mantequilla.

—Siento mucho lo que le pasa, Mabel.

—Lo malo es que hombres como Chuck son difíciles de encontrar.

—Creo que tiene razón.

—¡Eh! ¿Es que ya está pensando en echarle el lazo?

—No he pensado en ello..., todavía.

—Cuando una mujer dice eso, es que está afilando las uñas, lista para utilizar las zarpas a la primera ocasión.

Susan se echó a reír.

—Confesión por confesión, Mabel. Es usted la mujer más simpática que he conocido, y quiero ser su amiga.

—Trato hecho, mientras no se lleve a Chuck. Ahora me voy. He de traerle comida.

—Estaba hambrienta y esta conversación con usted me ha abierto más el apetito.

—Eso es lo malo que tiene Chuck. Demasiado buen aperitivo y muy malo para guardar la línea. Volveré enseguida.

Mabel salió de la cabaña.

Susan sonreía recordando su diálogo con Mabel, mientras se ponía la falda y el jersey.

Fue al cuarto de baño y se contempló en el espejo. Sí, efectivamente, ella y Mabel tenían casi las mismas medidas.

Se estaba peinando, cuando oyó que se abría de nuevo la puerta. Mabel se había dado mucha prisa en traerle la comida.

Pero al salir del cuarto de baño, no dio un paso más. Quedó rígida al ver a los dos hombres que habían entrado en el *bungalow*. Conocía a uno de ellos. Era aquel agente de policía, subordinado de Holland, que reconoció en la comisaría de Pine Lake. El otro era un tipo rubio de ojos muy claros, cara bronceada. Había algo anormal

en su forma de mirar y en su sonrisa, una sonrisa fría.

—¿Qué quieren? —preguntó Susan.

—Tiene que acompañarnos, señorita Barclay —dijo el agente—. Soy Dean Waterbury, policía de Pine Lake.

—Lo recuerdo, señor Waterbury, pero no iré con ustedes.

—Señorita Barclay, me temo que no puede resistirse a la autoridad.

—Claro que puedo resistirme. No estoy detenida. No he hecho nada malo. Si usted tratase de conducirme por la fuerza, cometería un abuso de autoridad del que habría de responder.

El rubio rió por lo bajo.

—Eh, Dean, la chica me gusta... Palabra que sí.

—¿Quién es este mono? —preguntó Susan.

El rubio lanzó una carcajada.

—¿La oíste, Dean? Dijo mono. Quizá le informaron de que me gustan mucho los plátanos.

—No es momento para chistes —dijo Dean—. Hemos de sacarla de aquí cuanto antes.

—Les repito que no iré con ustedes —exclamó Susan.

—Oiga, cariño, soy Tony *Hacker* —dijo el rubio—. Un muchacho la mar de correcto. Eso quiere decir que no le voy a tener en cuenta el insulto... Usted está nerviosa, se le nota enseguida. Pero ya verá como Tony la calma...

—Si no se marchan de aquí inmediatamente, llamo a la policía.

Tony sacudió la cabeza riendo.

—Va a llamar a la policía. No necesita hacerlo. Recuérdelo; aquí hay un agente.

—Sólo tiene de policía el uniforme.

—Según he oído decir, Dean Waterbury presta sus servicios en la comisaría de Pine Late. ¿No lo sabía, nena?

—Y la comisaría está dirigida por un hombre que es un asesino, Joe Holland.

Dean endureció los músculos de su cara.

—Señorita Barclay, sus acusaciones son muy graves, y si me permite decirlo, está empeorando su situación. Si no viene con nosotros ahora mismo por las buenas, me verá obligado a esposarla.

—No se atreverá a hacer tal cosa.

—Claro que me atreveré —repuso Dean, y echó a andar hacia

Susan.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció Mabel con una bandeja en donde traía la comida de su huésped.

CAPÍTULO IX

—Eh, ¿qué ocurre aquí? —dijo Mabel.

Dean Waterbury dejó escapar una maldición por entre los dientes.

El rubio Tony *Hacker* se acercó a Mabel.

—Somos amigos de la señorita Barclay. Ella cambió de idea y se viene con nosotros. Tenemos una fiesta organizada en la que no puede faltar.

Mabel no dijo nada. La joven que Chuck le había traído al motel se había inscrito con el nombre de Georgia Adams y ahora el rubio de sonrisa desagradable la llamaba señorita Barclay. Eso confirmaba lo que había dicho la joven respecto a su misterio. Resultaba que tenía razón.

Uno de aquellos dos hombres era policía. Recordaba haberlo visto en una ocasión. —¿Qué es lo que ha hecho ella?— preguntó.

Tony *Hacker* miró a Dean concediéndole el uso de la palabra.

—Sólo estamos haciendo una investigación.

—¿De qué?

—No haga preguntas a la ley.

—Oiga vivimos en un país en que cada día son más necesarias las preguntas a los que dicen defender la ley.

—Filósofa, ¿eh?

—No, señor agente. Soy simplemente una mujer que se gana la vida trabajando.

—¿Que cree que hacemos los demás?

—No tengo el menor interés en saberlo.

—Se está insolentando —repuso Dean, furioso—. Y, por si no lo sabe, he de recordarle que este *bungalow* está situado dentro del condado donde presto yo mis servicios.

—Dígame ahora que me va a cerrar el negocio porque vio una mosca encima del sillón y eso es una violación del artículo 14 del Reglamento de Sanidad.

—Oiga, muchacha, no es mi intención causarle un perjuicio. Ni siquiera le preguntaré por qué esta mujer se encontraba aquí. Está así bien, ¿verdad?

—Es usted un hombre considerado.

—Ahora lárguese.

Mabel miró a Susan y leyó en sus ojos una súplica.

—Sí, Mabel, debe irse.

—Está bien —dijo Mabel—. No quiero oponerme a la justicia.

Tony *Hacker* le abrió la puerta y dijo, sonriente:

—Cualquier día me acercaré por aquí para echar una parrafada con usted.

—Avíseme con antelación para no estar.

Tony *Hacker* rió las palabras de Mabel, mientras ésta salía de la cabaña. Luego cerró la puerta.

Dean Waterbury dio un suspiro.

—Lo hizo muy bien, señorita Barclay.

—No he querido que ella lo pagase.

—Ande, pongámonos ya en marcha.

—¿Adónde vamos?

—A la comisaría de Pine Lake, naturalmente.

—No le creo.

—¿Por qué no ha de creerme? Hace falta que puntualice unos cuantos detalles acerca del accidente en que murió el doctor Ritter.

La joven estaba descalza, y dijo:

—Esperen y me pondré los zapatos. Los tengo en el cuarto de baño.

—Está bien, pero deja la puerta abierta.

Susan entró en el cuarto de baño. Se demoró mucho en ponerse los zapatos. Chuck Todman no estaba allí. Se había ido mucho tiempo atrás para hacer la investigación en la clínica. No podía recibir ayuda de nadie. Mabel solo era una mujer como ella y ambas no podían enfrentarse con aquellos dos hombres, que eran muy fuertes. Por añadidura, Dean tenía una pistola, y, naturalmente, también la portada bajo la axila el rubio Tony *Hacker*.

—Eh, nena —dijo Tony *Hacker*, asomándose por el hueco—. ¿Ya

terminó?

—Ahora sólo tengo que peinarme.

—Está muy guapa así, con un mechón sobre el ojo. Le da un aire *vamp*, como a mí me gusta.

—No pretendo gustarle, señor *Hacker*.

Tony entró en el cuarto de baño, atrapó el peine y, de pronto, lo golpeó contra las rodillas partiéndolo en dos trozos.

—¿Ve? Ya acabó.

—Es usted un bruto.

El la asió de un brazo.

—Compórtese como una buena chica.

La empujó fuera del baño.

Dean Waterbury estaba cerca de la puerta cuando ésta se abrió, y en el hueco apareció una mole de ciento veinte kilos. Era Ed Marlowe.

—Me pasó el aviso Mabel, señorita —dijo—. Se refirió a dos monigotes que habían entrado aquí para llevársela por la fuerza.

Tony *Hacker* sonrió de aquella forma suya tan peculiar, gélidamente.

—Eh, Dean, ¿avisaste a alguna casa de mudanzas para que enviasen un gorila que cargase con los baúles?

—No, Tony. Se presentó voluntariamente.

Ed Marlowe sonrió por el tajo de la boca.

—Hace mucho tiempo que no me entreno. Ustedes serán un par de buenos sacos. Dean arrugó la nariz.

—Eh, mastodonte, ¿es que no me ves la placa?

Marlowe le tiró un zarpazo y le arrancó la placa que arrojó sobre la pared.

—¿A qué placa se refiere?

—Maldito orangután... —dijo Dean, y echó mano a la pistola.

Tuvo ocasión entonces de conocer la rapidez de Ed, a pesar de sus ciento veinte kilos.

Un puño llegó a su cara convertido en un borrrón.

Sonó un chasquido y Dean emprendió un vuelo sin motor que terminó en el otro lado de la estancia.

Tony dejó libre a Susan, metió la mano en el bolsillo y sacó un trozo de tubería de plomo al tiempo que se arrojaba sobre Ed.

Marlowe cometió un error al quedar, sonriente, mirando el

efecto de su golpe demoledor.

Giró para hacer frente a su enemigo, pero la tubería de plomo ya estaba en marcha y le golpeó en el hombro.

Todo su cuerpo se estremeció como si lo hubiesen puesto en contacto con una corriente de alto voltaje. Sus dientes rechinaron y sus ojos parecieron bailar en las órbitas.

Hizo un giro vertiginoso, poniendo en marcha su otro puño demoledor.

Sonó otro chasquido, porque Tony *Hacker* había sido alcanzado en la oreja. Probablemente quedaría sordo para unos cuantos días o para el resto de su vida.

Tony correteó hacia el muro y se vino abajo al estrellarse.

Dean, Waterbury aprovechó su oportunidad. Se levantó y se dispuso a sacar la pistola.

Susan se arrojó sobre él y consiguió clavarle la zarpa en el cuello.

Waterbury lanzó un aullido de dolor, pero hundió el codo en el estómago de Susan y la joven cayó de rodillas en el suelo, dejando escapar un gemido por entre los dientes.

Ed ya estaba corriendo para acudir en auxilio de la joven.

En aquel momento, Mabel entró en la habitación esgrimiendo un palo de *base-ball*.

—Dejen que batee una cabeza.

Pero en aquel momento, Dean sacó su pistola y apuntó a Ed antes de que éste pudiese alcanzarlo.

—Anda, gorila, pégame otra vez y te meto una bala en las tripas. Marlowe frenó de golpe.

Mabel dio unos pasos por la estancia, todavía con su palo de batear.

—Ustedes son gentuza —gritó—. No se pueden llevar a la chica. No ha hecho nada.

—Son un par de estúpidos —dijo Dean—. Se están oponiendo a que la justicia cumpla con su deber. Debería de darles un escarmiento. ¿Qué saben de ella? Se llegó aquí con un compinche suyo en busca de alojamiento. Es una fugitiva de la justicia y ustedes la están ayudando para burlar a la ley.

Tony *Hacker* se levantó soltando maldiciones, tocándose la oreja

donde había recibido el golpe y que ahora estaba hinchada y al rojo vivo.

—Condenado matasiete... Te voy a quebrar un par de huesos para que te acuerdes de mí.

—No, Tony, no hagas eso —dijo Dean—. Los muchachos, ya se han puesto en razón. Atrapa la muchacha y llévatela al coche. Yo sólo me demoraré un minuto.

Tony se acercó a Susan y con un movimiento brusco la tomó del brazo.

—Nena, intenta otra jugarreta y te aseguro que vas a salir de aquí con verdugones.

Susan estaba arrepentida de haber resistido a aquellos dos hombres. Sólo había dado lugar a que Mabel y su prometido se enzarzasen en una lucha de la que habían resultado perdedores.

Al pasar por junto a Mabel, se detuvo un instante.

Gracias por todo, Mabel. Si ve a nuestro amigo, dígame que se esté quieto.

Mabel no dijo nada, y Tony empujó a Susan hacia la salida.

Dean Waterbury esperó a que la puerta se hubiese cerrado tras de Tony *Hacker* y la prisionera. Luego forzó una sonrisa.

—Esto va a quedar entre nosotros.

Ed respiraba con dificultad por la nariz. Era una tara que le había quedado de su profesión.

—Está bien, agente.

—¿Y usted, Mabel?

—Desde luego, agente. Aquí no ha pasado nada. Todo fue normal. Un policía celoso del cumplimiento de su deber, se llegó para detener a una mujer que delinquiró. Se la llevó consigo y asunto acabado.

—Buenos chicos.

Hizo un saludo con la pistola y, finalmente, salió.

Susan y Tony *Hacker* estaban sentados en el asiento posterior de un coche de la policía.

Dean se puso al volante e inmediatamente el vehículo arrancó.

—¿Adónde me llevan? —preguntó Susan.

—A dar un paseo —respondió, sonriente, Tony.

—Sé lo que van a hacer conmigo.

—¿El qué?

—Matarme.

—¿A una chica tan mona? Oh, no, cariño. Tony *Hacker* no hace esas cosas...

Desembocaron otra vez en la carretera de Philadelphia que conducía a Pine Lake.

Los faros del auto taladraron la oscuridad de la noche.

De pronto, un rayo iluminó el cielo y se puso a llover intensamente.

Dean puso en marcha los limpiaparabrisas, pero éstos no bastaban para escupir toda el agua que caía.

—¡Condenación! —exclamó Dean—. Sólo faltaba esta tormenta... Se lo dije a Holland hace unos días. Se estaba preparando una buena. Ha estado haciendo demasiado calor para el tiempo en que nos encontramos.

Tuvo que disminuir mucho la velocidad. La aguja del velocímetro bajó rápidamente de las setenta millas hasta las treinta.

Unas cuantas millas más lejos, Dean frenó el coche bruscamente.

—¿Qué pasa, Dean? —preguntó Tony *Hacker*.

—Lo de siempre. Ese maldito arroyo de agua que siempre está seco se ha convertido en un torrente.

Tony abrió la portezuela de su lado. El agua le azotó la cara y lo empapó en unos instantes.

—Eh, Dean, veo el puente. Todavía el agua no llega hasta lo alto.

—Cada dos o tres años el puente se viene abajo arrastrado por las aguas. No quiero pasar.

—No seas estúpido. Si lo haces ahora no habrá ningún peligro.

—No conoces ese torrente. Cuando cae agua como ahora, recoge toda la de las montañas cercanas. ¿Es que no oyes el ruido?

Efectivamente, se oía el fragor que producía el río al correr impetuoso.

—Es mejor que esperemos. Sólo será cuestión de una hora.

—No puedo esperar. Tengo una partida de póquer. Dije a mis amigos que volvería enseguida.

—No me voy a jugar la piel para que tú puedas llegar a una partida de póquer. —Estoy en la buena racha y no consentiré perder la oportunidad de ganar dinero en grande por una estupidez como ésta. Echa adelante o te rompo la cabeza.

Dean rezongó por lo bajo, pero, finalmente, decidió reanudar el camino.

Tony *Hacker* cerró la portezuela y volvió a sentarse junto a Susan.

Le puso la mano en un muslo.

—Esto es emocionante, ¿eh, nena?

Ella le quitó la mano golpeándolo en el brazo.

—No quiero que me toque.

—Está bien, cariño, no hace falta que te sulfures.

El auto ya había llegado al comienzo del puente.

Dean empezó a pasarlo a una velocidad muy reducida.

—Eh, Dean —gritó Tony—, aprieta el acelerador.

—El agua pasa por encima del puente. Sigo pensando en que debo retroceder.

—No lo hagas.

—¡Lo haré, por todos los infiernos!

Tony *Hacker* hizo un movimiento rápido y sacó la pistola de la axila.

—Echa a correr, Dean.

—Es mejor que nos quedemos.

—¿Es que quieres que te haga un agujero en el cuello? He dicho que aprietes el acelerador.

—Está bien, Tony.

El coche continuó deslizándose por el puente.

De pronto, bajo las ruedas, se oyó un crujido.

—¡Tony! ¡Nos hundimos! —gritó Dean.

—Te dije que te dices prisa. ¡Vamos! ¡Rápido!

Pero justo *en* ese momento se produjo un estruendo y el puente empezó a venirse abajo.

El coche hincó el morro, hundiéndose en las aguas.

Susan abrió la portezuela de su lado.

El agua la impulsó hacia dentro, pero se agarró fuerte al marco.

Luego recibió otro embate por la espalda, porque Tony había abierto también su portezuela.

El peso de Tony sirvió para que pudiese vencer la resistencia del agua. Se golpeó en la cabeza y creyó que perdía el conocimiento.

Sus oídos se ensordecieron por el ruido del torrente. Luego se hundió en el agua. Trato de retener el aire que le quedaba en los

pulmones y braceó enérgicamente por llegar a la superficie.

Sus pies se engancharon en las ramas de un árbol.

Creyó que se quedaría allí. Encogió las piernas y dio un tirón fuerte, logrando quedar libre.

Otra vez braceó. Ya no podía resistir más tiempo sin respirar.

Le dolían los oídos, las sienes.

De pronto se encontró con la cabeza fuera del agua.

Respiró profundamente. Había tenido suerte. Estaba cerca de la orilla, donde la corriente era menos impetuosa. La habían detenido en su carrera unos cuantos troncos. Trepó a uno de ellos y gateó hacia tierra firme.

Ahora llovía con más intensidad.

Se detuvo en la orilla, de bruces, respirando entrecortadamente.

Por fin alzó la cabeza y miró el impetuoso torrente. No había rastro del automóvil ni de los dos hombres que la conducían a Pine Lake.

Se había librado de ellos.

De pronto oyó una risita a su espalda y sintió que un frío glacial se apoderaba de su cuerpo.

Volvió poco a poco la cabeza y vio en pie, cerca de ella, al rubio Tony *Hacker*.

CAPÍTULO X

Ben Sharon se estaba poniendo una compresa en la cabeza.

—Ese bastardo estuvo a punto de partirme en dos el cráneo.

Frank Cooney se tocó el chichón, recuerdo también de Todman.

—Sólo te digo una cosa: daría un año de mi vida por volverme a encontrar con ese tipo. Empezaría por arrancarle la piel.

Ambos se encontraban en la habitación de Sharon. Éste miró ahora el reloj, y dijo:

—Hace un momento llamó el tipo del nueve. Quiere una carga.

—Puede esperar un poco.

—Ya sabes cómo se pone cuando le falta la medicina. Y la paga bien. Es uno de nuestros mejores clientes.

—Cada vez necesita con más frecuencia la carga. ¿No le oíste aullar como un perro? —Que aülle todo lo que quiera, mientras tenga plata para pagar.

Hubo un silencio y, por fin, Sharon se levantó, rezongando:

—Lo atenderé yo.

—Gracias por el favor.

Ben Sharon apretó un botón en un lugar de la pared.

Se oyó un ruido y abrióse una trampa. En el interior había muchas cajas de cartón. Ben Sharon tomó una de éstas y sacó una ampolla.

Frank Cooney rió por detrás de él.

—Siempre he pensado que ésa es la cueva de Alí Babá. ¿Cuánto hay ahí, Ben?

—¿Quieres saber la cifra exacta?

—¿Por qué no?

—Su precio de coste es treinta mil dólares, pero dejarán medio millón.

—Cielos, siempre me he dicho que es el negocio más saneado de cuantos existen.

—Pero el negocio no es para ti ni para mí. Los dos somos un par de desgraciados.

—No podemos quejarnos, Ben.

—Oh, sí, nosotros cobramos mil al mes, pero ¿te has preguntado cuánto se mete en el bolsillo el doctor Drake?

—No lo sé. Dímelo tú.

—El doctor Drake y los suyos cobran más de doscientos mil. El capitán recibe por su ayuda diez de los grandes. Pero yo estoy esperando que ocurra algo.

—¿El qué?

—Llegará un momento en que Holland pida más. Hasta es posible que haya pensado en ser un socio.

—Holland es condenadamente listo. Olió el pastel, descubrió que la clínica sólo era un negocio montado para distribuir drogas a los adictos, y en lugar de acabar con ellos, exigió un precio por su silencio.

—Holland sabía que si se metía con la pandilla acabaría sus días en el fondo del lago, con una piedra atada a los tobillos.

Ben Sharon dio un suspiro.

—Bueno, me voy a ver al del 9 y acabaré con sus aullidos.

Salió de la habitación, dejando a Frank a solas.

Al cabo de un rato, Frank se levantó, abrió un cajón de la mesilla de noche y extrajo una botella de *whisky*. Desenroscó el tapón y empinó el codo. En ese momento se abrió la puerta.

Frank arrojó el *whisky*, al ver que el hombre que entraba en su habitación era el mismísimo Chuck Todman.

—Hola, Frank.

—¿Qué haces aquí?

—Pasaba cerca y me dije: «Chuck, en una noche de perros como ésta te hace falta un trago. Ahí tienes a tu amigo Frank que te lo ofrecerá muy gustoso».

Chuck se llegó ante el asombrado Frank y le quitó la bolla de las manos. Bebió un trago y, de pronto, le escupió el *whisky* a la cara.

—Malo, muy malo. Deberías tener un *whisky* mejor.

Frank retrocedió, dándose a todos los diablos.

—Le voy a machacar los huesos, hijo de perra.

—Ahí tiene mi brazo para que empieces a partir algo. —Dijo Chuck, y extendió el derecho.

De pronto, Chuck se dejó caer en el suelo y al tiempo que así hacía, aplicó la planta del pie en el estómago de Frank y lo impulso por el aire. Frank estuvo demasiado torpe y no se soltó a tiempo. Seguía agarrado al brazo que lo levantaba, pero ahora ya debía sumar el impulso de la pierna de Chuck.

Dio una vuelta de campana y cometió un segundo error al soltarse.

Pero lo hizo por instinto. Golpeó contra la lámpara del techo y habría caído de cabeza si no hubiese puesto las manos en el suelo.

Se levantó y atrapó una silla.

—Te voy a romper la crisma, Todman.

—Eso es para sentarse. ¿No lo sabías, estúpido?

Chuck le golpeó en el estómago y luego en la barbilla.

Frank chocó contra la pared, sosteniendo todavía la silla sobre la cabeza.

Chuck le atrapó un trozo de carne en la región del hígado y se lo retorció.

Frank lanzó un aullido, mientras se ponía del color del heliotropo.

Entonces Chuck le quitó la silla de las manos, la puso en el suelo y lo sentó, pegándole con el filo de la mano en el cuello.

Frank se ahogaba.

Chuck sacó un cigarrillo y lo encendió.

Entonces le pegó unas palmadas a Frank en la espalda.

—Vamos, muchacho, eso te pasará enseguida... Nunca debes hacer ejercicios violentos.

Frank fue a levantarse, pero Chuck lo asió por el cabello y le acercó el cigarrillo encendido a la cara.

—Quieto, Frank, o te meto esto por los ojos.

Estaba detrás de su víctima para evitar que lo pudiese alcanzar con las piernas.

—No te muevas, Frank, te lo advierto, o te dejo tuerto para toda la vida.

Frank miraba como hipnotizado el cigarrillo que estaba a dos pulgadas de su ojo izquierdo.

—No lo hagas, Todman.

—Eso va a depender de ti.

—Ya me porto bien.

—Cruza los brazos como si estuvieses en la escuela.

Frank obedeció la orden de Chuck.

—Ahora vas a contestar a mis preguntas, Frank.

—No sé nada.

—Eso es lo malo que tienen los cabezotas como tú. Dicen que no saben nada cuando todavía no han oído la primera pregunta.

—¿Qué quieres saber?

—¿Para qué sirve esta clínica?

Frank forzó una sonrisa.

—¿Para qué ha de servir una clínica? Aquí se atiende a los enfermos.

—Sí, ya me di cuenta cuando entré en la habitación 33. Allí había una enferma muy grave, lo estaba tanto que se iba a morir, pero lo bueno del caso consistía en que Susan Barclay iba a abandonar este mundo a la fuerza.

—No sé nada.

—Eso ya lo dijiste antes. Vuélvelo a repetir y te llamarán Frank *el Tuerto*, te lo prometo.

—No, por lo que más quiera...

De pronto, Chuck descubrió el hueco que había en la pared. Registró a Frank y le sacó una pistola bajo la axila. Se puso el cigarrillo en los labios y se acercó al muro. Frank fue a levantarse.

—No te muevas de ahí. Ahora ya no tienes el cigarrillo delante, pero una bala quema mucho más.

Frank permaneció inmóvil, en la silla.

Chuck sacó una caja de cartón, y de ésta una ampolla que miró al trasluz.

Frank sonrió, diciendo:

—Son vitaminas.

—¿Crees que soy estúpido? Esto es heroína, y ya queda aclarado todo.

—La tenemos para los enfermos que la necesitan.

—Oh, claro que sí, en un hospital no puede faltar heroína. Sólo que aquí hay un *stock* para recetar durante los próximos cinco años... No, muchacho, la clínica de Saint Paul no necesita una cantidad tan grande; es otra clase de tinglado el que tenéis

montado.

—No seas temerario en tus juicios.

—Éste es un lugar al que acuden los adictos.

—Aquí los curamos, sí señor.

Chuck le apuntó a la cabeza con la pistola.

—Para vosotros, esos adictos son clientes a los que servís la medicina que ellos necesitan.

—El doctor Drake sólo se preocupa de quitarles el vicio.

—No me hagas reír. Yo te diré lo que realmente hace el doctor Drake: fomentarles el vicio, porque así es como él hace el negocio.

—No sabes lo que dices.

—Te voy a meter una bala por las narices.

—No harás eso. Te convertirías en un asesino.

—Soy un tipo al que le gusta sentir nuevas emociones. ¿Qué se sentirá cuando se es asesino? Voy a saberlo.

Puso el dedo en el gatillo.

—¡No dispaes, Todman! Es cierto, acertaste.

—¿Cuál es el papel del capitán Holland?

—Deja hacer al doctor Drake. Le paga mensualmente por ello.

—¿Cuántas personas hay metidas en el negocio del doctor Drake?

—Hay otro doctor, Douglas Turner.

—¿Quién es el proveedor?

—Un fulano. Ralph Tomkins.

Chuck había leído muchas cosas de Ralph. Tomkins. Se consideraba como uno de los magnates del crimen en la costa Este. El secretario de Justicia había anunciado que iba a emprender una ofensiva contra los *gangs* que explotaban el vicio, la prostitución. Ralph Tomkins estaba considerado como uno de los fulanos a cazar. Pero Tomkins había contestado a las preguntas de un periodista, diciendo que él era un honrado ciudadano, y que ni el secretario de Justicia ni cualquier otro policía del país podían presentar una prueba incriminatoria contra él.

De pronto se abrió la puerta y entró Ben Sharon.

—Adelante, muchacho —dijo Chuck.

Ben se quedó con la boca abierta y cerró a sus espaldas, muy despacio.

—¡Eh! ¿A qué ha venido?

—A complicaros un poco la vida.

Frank Cooney rezongó desde la silla.

—Lo ha descubierto todo.

Ben Sharon apretó los dientes.

—Habrá sido porque se lo feas dicho. Tú, el grandullón que se lo iba a comer crudo...

—¿Es que no lo ves con la pistola, estúpido?

Ben Sharon sonrió.

—Es muy divertido.

—Seguro que lo es —repuso Chuck, sonriendo también—, *pero* lo será más cuando os encontréis en la celda.

—Nunca estaremos detrás de unas rejas, a menos que quiera que a la chica le pase algo.

—¿La chica?

—Sí, la señorita Susan Barclay.

—Nunca la volveréis a atrapar.

—Oh, ya sé, usted la llevó a un buen lugar, a un escondite.

—Sí, Sharon.

—Pero no se dio cuenta de que un hombre los seguía, un subordinado de Holland.

—Eso es un cuento.

—La llevó a un motel de la carretera de Packerville.

Chuck se fue quedando serio.

Sharon prosiguió con la sonrisa en los labios.

—El motel se llama My Friend. Pertenece a una mujer, Mabel Selvey. Susan Barclay se inscribió con el nombre de Georgia Adams. ¿Quiere más detalles, señor Todman? —Si le habéis hecho algo voy a empezar por mataros a los dos. ¿Qué tal os sienta eso?

Frank Cooney dio un respingo en la silla.

—No tengo nada que ver con lo de la chica. Fue cosa de Holland.

Chuck fue hacia la mesilla de noche.

—Quedaos los dos quietos —dijo Todman—. Si os movéis, os juro que os dejo tiesos.

Descolgó el auricular y cuando oyó la voz de la telefonista, le dio el número con el que quería hablar. Al cabo de unos instantes oyó desde la otra parte del hilo la voz de su amiga, Mabel Selvey.

—Mabel, soy yo, Chuck.

—¿Dónde estás?

—Corriendo una aventura. ¿Se encuentra bien Georgia?

—¿Puedo hablarte claro?

—Desde luego.

—Dos hombres se la llevaron. Ed y yo quisimos ayudarla. Ed peleó con los dos tipos. Uno era un policía, Dean Waterbury. Trabaja en la comisaría de Pine Lake. El otro es un rubio que responde al nombre de Tony *Hacker*.

—¿Cuándo se la llevaron?

—Poco antes de que se desencadenase la tormenta.

—Gracias —dijo Todman, y colgó.

Frank Cooney y Ben Sharon sonreían al hombre que los amenazaba con la pistola.

—¿Se ha convencido ahora, Todman? —preguntó Frank.

—Sí, ahora estoy absolutamente convencido de que os vais a ir al infierno.

—No puede matarnos...

—La chica estará muerta a estas horas, de modo que me da lo mismo todo. Quiero que Susan Barclay tenga un entierro de categoría. Media docena de ataúdes. Y dos de las cajas serán ocupadas por vosotros.

Frank Cooney empezó a sudar en la silla.

—Espere un momento, Todman.

—No, Frank. Ya no puedo esperar.

—¿Y si te demostramos que la chica vive?

—Anda, demuéstremelo.

—Holland dio orden de que no se la matase hasta que la trajesen aquí.

—¿Dónde la matarán?

—En la morgue de la clínica.

—No te creo una palabra.

—Te juro que es cierto, ¿verdad, Sharon? ¡Habla tú, maldita sea!

Ben Sharon movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Lo que dice Frank es verdad, Holland acabará con la muchacha en la morgue de la clínica.

—Muy bien. Iremos allí ahora mismo. Si ella está muerta, vosotros ocuparéis una losa para hacerle compañía.

Ben fue a salir.

—Espera un momento.

Chuck se llegó al lado de él y lo registró, pero Sharon no llevaba en el bolsillo ningún arma.

Los tres hombres salieron de la habitación y se encaminaron hacia el fondo del corredor donde estaba la escalera. Descendieron por ella.

La escalera no terminaba en la planta baja, sino que conducía al sótano.

Llegaron ante una puerta.

—Abre tú, Sharon —ordenó Chuck—, pero hazlo despacio, sin precipitaciones. Y cuidado con demostrar que yo estoy detrás.

Sharon abrió la puerta.

Por el hueco se filtraron las palabras de un hombre que hablaba en el interior.

—Bueno, nena, llegamos al final. Juntos hemos corrido una gran peripecia, pero no puedo entretenerme más. Me están esperando para una partida de póquer. Me dijeron que no te matase de un tiro. Así será mejor para ti. Quedarás todo lo bonita que eres.

Chuck empujó a los dos hombres hacia el interior de la sala.

Susan estaba tendida en una losa, atada con unas correas, y el rubio, Tony *Hacker*, se disponía a descargar sobre la cabeza femenina una barra de acero.

CAPÍTULO XI

—Tendrá que demorarlo un poco, Tony —dijo Chuck.

Tony *Hacker* quedó con la barra suspendida sobre la cabeza.

—¡Eh! ¿Usted quién es?

—El muchacho que lo va a convertir en un queso de gruyere, si no deja caer la barra en el suelo. ¡Rápido!

Tony *Hacker* dejó caer la barra.

—Ahora suelte a la chica.

El rubio hizo una mueca, pero se inclinó sobre la joven para quitarle las correas.

De repente, metió la mano en la axila y sacó la pistola.

Chuck apretó el gatillo.

Tony *Hacker* recibió el impacto en el pecho, se fue hacia atrás y se desplomó en el suelo.

Su arma también se disparó, pero la bala picoteó en el cielo raso.

—Ya habéis visto que no bromeo —dijo Chuck—. Ahora te llegó el turno, Sharon. Deja libre a la muchacha, pero date prisa.

El pelirrojo se movió como un autómatas. En pocos segundos dejó libre a Susan, quien saltó de la losa de mármol frotándose las muñecas.

—Ven aquí, Susan —dijo Chuck.

La joven acudió al lado de su salvador y sintió deseos de echarle los brazos al cuello y besarle en la boca. Pero eso habría sido entretenerlo y dar una oportunidad a los dos enfermos.

—Vais a salir delante de nosotros —dijo Chuck.

—Ya te echamos una mano —dijo Frank—. ¿Qué quieres ahora?

—Vendréis con nosotros a la policía. Quiero que contéis todo lo que está relacionado con la clínica Saint Paul. Naturalmente, ya

podéis imaginar que no me refiero a la policía de Pine Lake, sino a la Oficina Federal de Narcóticos de Philadelphia.

Ben Sharon palideció.

—No quiero ir a Philadelphia.

—Eso o una bala, como al rubio.

Ben tardó muy poco en decidirse.

—Está bien. Iremos.

—Abrid el camino.

Los dos hombres salieron de la sala y detrás de ellos caminaron Susan y Chuck.

—No nos conviene la puerta principal —dijo Chuck.

—Conozco una salida trasera —habló Susan—. Fue por donde *Hacker* y yo entramos. Es por el lado opuesto al que siguen estos dos hombres.

En aquel momento les llegó una voz por la espalda.

—No se mueva, Todman. Hay otros dos hombres conmigo y tenemos pistolas en la mano listas para ladrar.

El que acababa de hablar era el jefe de policía de Pine Lake, Joe Holland.

Chuck se quedó quieto, pero Susan se volvió.

—¿Es verdad lo que dice, nena?

—Sí, son tres hombres, y los tres tienen un arma en la mano.

Joe Holland rió.

Estuvieron a punto de conseguirlo. Anda, Sharon quítale el arma.

Chuck sintió deseos de volverse y empezar a disparar, pero ¿de qué serviría eso? Susan y él morirían.

Dejó que Sharon le quitase el arma.

De pronto el grandullón le golpeó con la culata en la cara.

Empezó a caer y otra vez Frank lo cazó, ahora en la nuca.

Oyó el grito que lanzaba Susan y luego se fue haciendo la oscuridad a su alrededor. Susan fue a arrojar sobre Frank, pero Ben Sharon la empujó contra la pared.

—Estate quieta de una vez.

Holland avanzó sobre sus prisioneros. Tras él quedaron dos hombres de mediana estatura, cara de asesinos.

—Sólo trato de defender mi vida.

—Debió hacerlo sola y no pedir ayuda a nadie. Ya ve lo que ha

conseguido. Este buen hombre que se ganaba la vida reparando aparatos de calefacción, lo va a pagar por haber intentado ayudarla.

Chuck sacudió la cabeza y empezó a levantarse.

Frank se dispuso a golpearlo otra vez con la pistola, pero Holland hizo un gesto deteniéndolo.

—Ya está bien, Frank. Luego le pegarás más. Ahora quiero que el muchacho me escuche atentamente.

Chuck se frotó dónde había recibido los golpes y miró con ojos cargados de odio a Frank, Este le contestó con una sonrisa.

—Tenía ganas de cobrármela, Todman.

—Silencio —dijo Holland.

Chuck apoyó las espaldas en la pared.

—¿Qué tiene que decirme, jefe?

—¿A quién contaste la historia de Susan?

—A nadie.

—Tienes mala memoria, Todman... Anda, refréscale un poco. ¿A quién hablaste de que aquí habíamos encerrado a una muchacha y de que la íbamos a matar?

—¡Oh, sí, ahora lo recuerdo...!

—Vaya, eso está mejor. ¿A quién?

—A mi tío Nick. Es un hombre a quien le gustan mucho las novelas de misterio. Las lee mientras pesca truchas en el río.

—Pégale otra vez, Frank. Y pégale más fuerte.

Frank levantó la pistola para golpear con ella a Todman, pero esta vez Chuck no estaba decidido a que lo castigasen impunemente.

Levantó la pierna y hundió la puntera del zapato en el vientre de Frank, quien lanzó un aullido y se desplomó.

Perdió la pistola, pero Chuck no pudo arrojarla por ella porque en aquel momento Holland le clavó la que manejaba en el costado.

—Un paso más y te atravieso con dos plomos.

Chuck respiró jadeante.

—Dígale a su esbirro que no vuelva a ponerme la mano encima.

—Eres un bastardo. Antes de llegarte aquí por segunda vez llamaste a un amigo tuyo que es policía. Sí, un policía de Philadelphia. Su nombre es Michael Babgett.

Chuck frunció el ceño preguntándose cómo lo había sabido. Efectivamente, después de dejar a Susan en el motel de Mabel, y en

el camino a la clínica de St. Paul, se había detenido en un bar. Allí se encerró en la cabina telefónica y se puso en contacto con su antiguo amigo Michael Babgett, sargento de la Brigada de Homicidios de Philadelphia. Le había contado lo de Susan. Mike le había enviado al infierno cuando le pidió pruebas y él, Chuck, alegó que no tenía ninguna. Insistió para que Mike hiciese una nueva investigación acerca del jefe de policía de Pine Lake y de la clínica de St. Paul. Mike terminó por decir que lo pensaría. Eso había sido todo.

—¿Cómo lo sabe, jefe?

—Tenemos nuestros medios de información, pero nunca los delatamos.

—Comprendo. Debe ser algún colega suyo tan hijo de perra como usted.

—Tienes muchas agallas. Te estoy amenazando con una pistola y todavía te permites insultar.

—No creo que porque deje de insultarlo me va a perdonar la vida.

—No, Todman. Ya puedes estar seguro de que no ocurrirá eso. Tú mismo elegiste tu fosa. Nos has ocasionado muchos perjuicios. Ahora hemos de arreglar la clínica para que parezca un negocio decente.

—Eso les va a costar mucho trabajo.

—No, no lo creas. Será cuestión de media hora. El puente del torrente viejo se hundió, y si alguien quiere llegarse a Pine Lake, tendrá que utilizar la otra carretera, haciendo un rodeo de unas cuantas millas.

El capitán se dirigió a Sharon.

—Ya lo sabéis, muchachos; tenéis que arreglar el escenario. El propio doctor Drake os dará instrucciones en su despacho dentro de quince minutos. Avisad a vuestros compañeros.

Frank se levantó del suelo apretándose el vientre.

—Jefe, quiero matar a este tipo.

—No podemos hacerlo aquí. Me lo llevo conmigo al lago. Estos dos muchachos que vinieron conmigo me acompañarán. Vosotros ya sabéis cuál es vuestra obligación.

Jocelyn oyó que se abría la puerta y al mirar hacia el umbral quedó perpleja.

Susan entró en la estancia junto con un joven al que no conocía. Detrás lo hicieron dos tipos que llevaban la pistola en la mano, y por último, Joe Holland.

—Hola, Susan; estás muy guapa con ese jersey blanco y falda gris acero.

—Me los prestó un alma caritativa.

—¿Todavía quedan por el mundo?

—No todo ha de ser perverso.

Jocelyn sonrió.

—Tienes una forma maravillosa de decirlo, Susan. Me recuerda a una actriz que vi en un drama.

Jocelyn hizo una pausa para mirar más atentamente a Chuck.

—Éste debe ser tu caballero andante. Me dijeron su nombre... Chuck Todman... Es un buen mozo.

Holland se acercó a Jocelyn.

—Dejará de serlo dentro de muy poco. Entonces, sólo criará gusanos.

—¿Por qué los trajiste aquí, Holland? —preguntó Jocelyn.

—Este entrometido me puso las cosas difíciles. Avisó a un amigo suyo policía y es posible que se realice una investigación con respecto a la clínica.

—¿Le habló de Susan?

—Sí, también le habló de Susan, y naturalmente, le contó que tú, la madrastra de Susan, y el jefe de policía pretendían asesinar a la muchacha.

—¡Maldita sea, Joe...! ¡Córtale la lengua!

—Eh, pelirroja —intervino Chuck—, si me la cortasen no podría decirte lo hermosa que eres...

—¿Lo oyes, Holland? —dijo Jocelyn—. Nunca conocí a un tipo más caradura. Está amenazado por las pistolas y se atreve a hacerme el amor.

Chuck se frotó las manos.

—Nena, si me dejan a solas contigo, te demostraré lo que realmente es un hombre con temperamento.

Holland se había puesto rojo, pero no era de vergüenza sino de ira.

—Todman, esa desfachatez no te va a servir de nada.

—Sólo estaba requebrando a la señora porque oí decir que tiene mucha facilidad para enamorarse. Pensé que si le caía bien, votaría por salvarme la piel. —Muchachos— dijo Holland, —la próxima vez que abra la boca le pegáis un tiro en la tripa.

Los dos hombres movieron la cabeza.

—Dame un *whisky*, Jocelyn —dijo Holland—. Lo necesito.

La pelirroja se dirigió al mueble bar.

—Que sean dos —dijo Chuck.

Los dos asesinos levantaron la pistola para disparar.

—Eh, Holland, no querrá que me maten por eso. Tengo la boca seca. Oreó que tengo derecho a beber. Soy un condenado a muerte.

—Dale a él otro vaso, Jocelyn.

Jocelyn preparó los *whiskys*. Entregó uno a Holland y otro a Chuck.

—¿Por quién brindamos? —preguntó Todman.

—Por vuestra muerte —contestó Holland.

—Eso es muy tétrico, aunque no exista salvación para nosotros.

Los dos hombres bebieron y luego Jocelyn preguntó:

—¿Qué vas a hacer con ellos, Holland?

—Lo sabrás luego. El doctor Drake, el director de la clínica de St. Paul, vendrá dentro de un rato.

Chuck soltó una risita.

—¿Podemos sentarnos? Susan y yo nos cansamos un poco.

—Está bien, háganlo en el diván —dijo Holland—. Pero no se les ocurra cometer una locura o mis hombres dispararán sin pestañear.

—No dudo que lo harán, jefe.

Susan y Chuck se sentaron uno junto al otro.

—Beba un trago, Susan.

La joven aceptó el vaso y bebió.

Mientras tanto, Chuck encendió dos cigarrillos y también le dio uno a la joven. Jocelyn los contempló con los brazos en jarras.

—Enternecedor. Formáis una pareja muy romántica.

Holland descolgó el auricular y habló por el micro.

—¿Stephen? ¿Hay alguna noticia?

—Sí, jefe. Han encontrado a Dean. Estaba hinchado como un sapo... Demonios, las aguas casi lo destrozaron... Y pensar que cuando veía el arroyo me decía: «Es un río de porquería». El arroyo

se ha vengado.

—Déjate de zarandajas, Stephen.

—Sí, jefe. ¿Qué hacemos con Dean?

—El Municipio le pagará un entierro de segunda clase. Es lo acordado. Yo pronunciaré un pequeño discurso. Busca en el tercer cajón de mi mesa el que solté cuando la muerte de Eustaque. Servirá para este caso.

—Sí, jefe. Aún recuerdo cómo lloraba la gente... La señora Prestley aseguró que no había oído nada más emocionante en su vida.

—¿Hay alguna otra novedad?

—Llamó un tipo. Dijo ser un colega de usted.

—¿Cuál es su nombre?

—Michael Babgett.

—¿Cuándo llamó, estúpido?

—Hace cosa de media hora.

—¿Desde dónde?

—No lo dijo. Quería hablar con usted y ya le contesté que no se encontraba en esos momentos en la oficina. Entonces me anunció que volvería a llamar mañana.

—Está bien, Stephen. Quédate ahí y recuerda que ahora eres el jefe.

—Sí, señor Holland. Puede confiar en mí.

—Dile a Alexander que se ocupe de lo que se refiere al entierro de Dean.

Holland colgó y soltó un suspiro mirando a los dos jóvenes que se sentaban en el diván.

—Tienes mala suerte, Todman.

—¿Por qué, jefe?

—Tu amigo te ha abandonado. Ya sabes, Michael Babgett.

—¿Quizá le prepararon una trampa y también lo enviaron al infierno?

—No. Hizo una llamada a mi oficina mientras yo estaba ausente y quedó en repetir su llamada mañana. Sabré darle una buena información para que no se preocupe por ti.

En aquel momento se oyó el motor de un coche.

Holland hizo una señal con la cabeza a uno de los hombres que manejaba la pistola. El coche se detuvo frente a la cabaña.

Poco después entró un hombre elegantemente vestido, de cabello muy negro, rostro bien parecido, que defendía los ojos con lentes provistos de armazón de carey.

—¿Qué tal, doctor Drake? —lo saludó Joe Holland.

—Estoy indignado con usted, señor Holland. Le he estado pagando diez mil dólares para que me sirviese de protección, y ¿qué es lo que hace? Usted mismo ha creado una serie de problemas. Sólo le puedo decir que me asombra su irresponsabilidad. —Mida sus palabras, doctor Drake.

—¿Cómo se le ocurrió llevar a esa mujer a la clínica?

Aquel lugar sólo está destinado a mis clientes. Ha provocado un verdadero conflicto.

—Lo arreglaré a mi manera.

—¿Sí? ¿Y cuál va a ser?

—Uno de mis agentes murió a consecuencia de haber sido arrastrado su coche por las aguas de un torrente cercano a Pine Lake, al hundirse el puente. Ésa es la verdad, pero he agregado algo. Con él iban dos personas. Susan Barclay y Chuck Todman. Son los dos jóvenes que ve sentados en el diván. Ellos también morirán ahogados. Lo hicieron supuestamente en el mismo momento que Dean.

CAPÍTULO XII

Chuck se puso a aplaudir.

—Bravo, jefe, ésa es una historia digna de usted.

—Sabía que te gustaría, Todman. Pero no es tu aprobación la que yo necesito —miró al doctor Drake.

—Está bien. No tengo más remedio que dar mi aprobación, pero no espere que le felicite. Es usted quien ha provocado todo esto. Le advertí en un principio que no tenía que mezclar sus negocios particulares con la clínica St. Paul.

—¿Sabe una cosa, doctor? Va a dejar de hablarme en ese tono.

—Es el que merece por su incompetencia.

Holland se echó a reír.

—Pero ¿quién se cree que es usted, doctor?

—El hombre que le paga.

—Diez mil dólares a cambio de mi colaboración.

—Es bastante. Cualquier jefe de policía se daría por satisfecho con menos.

—Es posible que encontrasen un jefe más barato, pero ya terminé de aceptar limosnas.

—Me parece que no comprendo su actitud.

—La va a comprender enseguida. A partir de ahora me va a pagar veinticinco mil. —Oiga, usted está chiflado o no sabe lo que dice.

—Lo sé perfectamente. Ya lo oyó. Veinticinco mil.

—No espere de mí eso.

—No puedo consentir que ustedes se lleven la parte del león mientras a mí me dan las migajas.

—¿Cómo puede llamar migajas a ciento veinte mil dólares al año?

—¿Cuánto saca usted del negocio, doctor?

—No es asunto suyo.

—¿Y qué me dice de Ralph Tomkins?

—No debe nombrarlo.

—Lo estoy nombrando delante de dos personajes que van a morir.

Drake miró a la pelirroja.

—¿Y ella? ¿Quién es?

—La mujer que va a ser mi esposa.

—Creo haberla visto en alguna fiesta social de Philadelphia. ¿No es Jocelyn Barclay? Fue la pelirroja quien contestó.

—Sí, doctor Drake. Yo también lo recuerdo a usted. Lo tenía por un eminente doctor. Resulta agradable saber que también es un magnífico negociante.

—¿Es cierto que se va a casar con Joe Holland?

—Hay declaraciones amorosas ante las que una no se puede resistir. El señor Holland me ha confesado que se enamoró de mí, hace tiempo, la primera vez que me vio en Pine Lake, cuando venía a esta cabaña con mi esposo.

Holland sonrió a Drake.

—Usted lo comprende, ¿verdad, doctor? Un hombre casado necesita más dinero que uno soltero.

—También identifiqué a esa joven. Es la hija de Barclay. Si usted, Holland, va a matarlos, la señora Barclay heredará la fortuna de su difunto esposo. Son unos cuantos millones.

—Magnífico, ¿verdad, doctor Drake? Hasta he pensado en la posibilidad de ser socio de usted.

—Ralph Tomkins no quiere socios.

—No dudo que lo habrá decidido así, pero estoy seguro de que cambiará de opinión.

—No lo creo.

—Oiremos su respuesta.

—¿Qué quiere decir?

—También lo invité a venir esta noche. Oigo el motor de un coche. Debe ser él.

Efectivamente, otro automóvil se acercaba a la cabaña.

Chuck dejó oír su voz:

—Oiga, Holland, usted debería contratarse en Broadway como

productor de espectáculos. Le aseguro que en todos los días de mi vida no vi otro más emocionante. Pero ¿está seguro de que la habitación será suficiente para contener a tanta gente?

—Dentro de un rato habrá dejado de hacer chistes.

El automóvil ya se había detenido y uno de los hombres de la pistola abrió la puerta.

Ralph Tomkins era una figura demasiado conocida por todos porque su fotografía era publicada con mucha frecuencia por los periódicos del país. Frisaba en los 50 años de edad y era de talla mediana, cabeza redonda, casi calvo, ojos azules. Se cubría con un traje oscuro de buen corte y corbata verde oliva en la que exhibía un brillante del tamaño de una avellana.

Detrás de él entraren dos hombres muy altos, serios, también correctamente vestidos, que se quedaron apoyados en la puerta observando con atención a las personas que se encontraban entre las cuatro paredes.

Drake tendió la mano a Tomkins.

—Celebro verle, Ralph.

Ralph terció la boca.

—¿Quién es ese mentecato de Holland?

—Soy yo —respondió el aludido—. Pero no soy ningún mentecato.

—Considero así a un hombre que me chantajea. Me hizo venir aquí diciendo que tenía pruebas capaces de hundirme. ¿Es eso cierto?

—Seguro.

—Demuéstrelo.

—Usted sabe que he cerrado los ojos a la clínica que dirige el doctor.

—Sí, y ya recibía usted un buen premio por su ceguera. Cuando el doctor Drake me habló de que usted pedía diez mil, estuve a punto de mandarle un par de tipos para que le hiciesen un relleno. ¿Sabe lo que acostumbro a pagar a un jefe de policía de un pueblucho como el suyo? Dos mil dólares al mes. Y el tipo está dispuesto a hacer todo lo que yo le pida, incluido el degollar a su abuela. ¿Sabe por qué acepté? El doctor Drake me aseguró que su clínica sería un buen negocio. Tenía excelente clientela y se encargaría de ir mejorándola. Cumplió su palabra, y a pesar de que

siempre que me acordaba de sus diez mil dólares se me revolvían las tripas, admití con el doctor Drake que había sido una buena inversión.

—Esa historia es conmovedora —comentó Holland.

—Otra cosa que quiero que no olvide, Joe. No admito burlas. Yo soy el supremo jefe, el que manda, y todos me obedecen sin rechistar.

—Métaselo en la cabeza, Ralph. Me van a pagar veinticinco mil dólares al mes. O quizá mejor. Seré un socio de ustedes.

En la sala se hizo un profundo silencio.

Chuck escuchaba todo lo que se estaba diciendo en aquella habitación y tampoco dejaba de observar a los hombres con pistola. Sólo la tenían en la mano los dos tipos que trabajaban para Holland, pero apostó a que los que había traído consigo Tomkins serían dos pistoleros de primera categoría, dos fulanos capaces de escupir balas por el dedo índice.

Ahora Ralph Tomkins se pasó la lengua por los labios. Sus ojos despedían destellos.

—De modo que sigue pensando que tiene en su poder unas pruebas contra mí, ¿eh, Holland? Y por eso se atreve a hablarme de esa forma.

—Seguro, Tomkins. Y existen personajes en el país que darían su brazo izquierdo por poseerlas.

—Por ejemplo, el secretario de Justicia...

—Exactamente.

—Veamos esas famosas pruebas.

—Saqué las fotografías de tres de sus más íntimos colaboradores. Uno de ellos es su brazo derecho, Waldo Hall.

—Waldo es muy aficionado a fotografiarse. Tiene una buena colección.

—Pero apuesto a que le faltan las que yo hice.

—¿Qué clase de fotografías son éstas?

—Unas en que aparece Waldo entregando la provisión de cierta mercancía al doctor Drake.

Al oír aquello, el doctor Drake saltó.

—¿Cómo ha podido conseguir eso? ¡No es cierto!

—Usted tampoco se dio cuenta, doctor. Yo estaba sentado en un sillón y manejaba una cámara en un encendedor. La cámara se

dispara cuando uno pretende encender el cigarro.

—Eso no basta —exclamó Drake—. Las cajas estaban cerradas. ¿Cómo vas a probar que lo que contenían era droga?

—Debo aclararle que lo que disparé fue una buena película. Cuando Waldo le entregó la caja usted sacó unas cuantas ampollas para comprobar que efectivamente se trataba de heroína. Por último, me quedé con esas cápsulas.

El doctor entornó los ojos.

—Ahora comprendo. Hace un mes despedí a uno de los hombres que trabajaban con nosotros porque creí que había robado mercancía.

—Jim Moreti, el cual apareció muerto en una carretera a cien millas de aquí. Naturalmente usted, doctor Drake, pasó avisó a Ralph para que sus hombres se encargasen de silenciar a Moreti para siempre.

Drake estaba iracundo, los puños cerrados sobre los muslos.

—Es usted un miserable, Holland.

El jefe de policía sonrió a Tomkins.

—¿Qué le parece, Ralph?

—Una magnífica combinación que te habría dado resultado de haberte salido bien. ¿No, Holland?

—¿Es que no lo cree? Puedo enseñarle las fotografías para que se convenza.

—No son las fotografías lo que interesan, sino el negativo.

—¿Creyó que iba a ser tan estúpido de traerlo conmigo?

—Ya imaginé que no lo traerías, Holland, pero tomé mis medidas cuando me anunciaste tu chantaje por teléfono. Antes de venir aquí se me ocurrió pasar por la comisaría.

—¿Qué dice?

—Estábamos allí cuando tu subordinado Stephen Coldman recibió tu llamada.

Tuvimos que descerrajar unos cuantos cajones, pero al fin encontramos lo que buscábamos.

Ralph Tomkins metió la mano en el bolsillo y sacó una caja metálica redonda. La abrió y dejó caer en el suelo un rollo de película.

Holland se quedó con la boca abierta, los ojos agrandados.

—¡Maldito seas, Ralph!

—¡Cárguenselo, muchachos!

Para aquel entonces los dos hombres que había traído Tomkins ya tenían grandes pistolas «Luger» en la mano.

Chuck había pasado el brazo sobre el hombro de Susan. Ahora se dio impulsó con los pies sobre el suelo y el diván se volcó hacia atrás.

Lo hizo justo en el momento en que la cabaña se convertía en una olla en ebullición. Chuck Todman vio a un hombre caer. La pistola resbaló de la mano del moribundo y rebotó en la alfombra.

Chuck sólo tuvo que alargar la mano para atraparla.

Las armas seguían escupiendo plomo en la estancia.

Luego se hizo un silencio.

Chuck se dejó ver con la pistola.

El doctor Drake no había recibido un solo rasguño. Los demás estaban muertos, incluida Jocelyn, cuya bonita cara había quedado desfigurada. Una bala sesgada le había cruzado la cara desde la barbilla hasta la sien izquierda.

Un auto frenó bruscamente en el exterior de la cabaña. Se oyeron pasos precipitados y dos hombres de paisano entraron en la habitación con las armas por delante.

Chuck dijo sonriente:

—Hola, Mike, pero te demoraste demasiado.

* * *

—¿Ya estás más tranquila? —preguntó Chuck.

Andaban los dos por la calle. Estaba empezando a clarear.

—Es como si hubiese vivido una pesadilla. He pasado años de mi vida sin que me ocurriese nada, y de pronto, en una sola noche he corrido la más fantástica aventura.

—La verdad es que para mí transcurrían los días muy monótonos. Ahora tendré algo que contar a mis compañeros del comando. Pero no quisiera terminar la historia tal como se encuentra en estos momentos.

Ella se detuvo mirándole a los ojos.

—¿A qué final te refieres?

—Si yo escribiese nuestra historia, los lectores votarían un acuerdo por gran mayoría, el de que me pusiese a correr antes de

que me arrojasen el lazo.

—Conque sí, ¿eh? Bueno, pues esta vez los lectores se van a quedar con un palmo de narices.

Diciendo así, Susan le echó los brazos al cuello.

—No te dejaré escapar, Chuck.

—Eso va a depender de tu habilidad para la caza.

—Ahí tienes la primera prueba —dijo Susan, y lo besó fuertemente en la boca. Cuando se separaron ella dijo:

—¿Qué tal?

—Tendrás que mejorar mucho el estilo.

—¡Miserable! —dijo ella, y lo volvió a besar.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).